



UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
ESCUELA DE SOCIOLOGÍA

**El imperio de la cuantificación.**

**Un argumento acerca del desarrollo de la información numérica  
sobre la sociedad.**

**Rodrigo Antonio Márquez Arellano**

Tesis para optar al título profesional de Sociólogo

Profesor Guía: **Rodrigo Asún I**

Julio de 2006

## Resumen

Esta tesis está dividida en seis capítulos. En el primero de ellos se discute la pertinencia de incluir esta tesis en el marco de la sociología del conocimiento. Se concluye que esta tesis se aparta de las líneas propias del llamado “programa fuerte” de ese campo disciplinario para avanzar hacia un análisis del impacto del conocimiento en el conjunto de la sociedad. En el segundo capítulo se analiza cuál es la particularidad del uso de números y estadísticas en las sociedades contemporáneas. Se concluye que si bien el uso de números es un hecho muy antiguo, lo que caracteriza a las sociedades contemporáneas es el uso de un tipo particular de ellos, los “indicadores estadísticos”. Junto a lo anterior se argumenta la existencia de un cambio del lugar en que dichos números son usados desde un ámbito de la gestión estatal o privada hacia el ámbito de la opinión y el debate públicos. En el capítulo tercero se argumenta que la pregunta de esta tesis debe reenfocarse a responder no cuáles son las condiciones sociales en que surge la estadística sino cuáles son los procesos sociales que inciden en el avance de la legitimidad del número en el debate público de la sociedad moderna. En el capítulo cuarto se pone especial atención al proceso de institucionalización de la “esfera de la opinión pública” como el escenario dónde los números son escenificados en toda su potencia simbólica. En el capítulo quinto se introduce la visión de la tecnocracia como un campo donde los saberes legítimos rivalizan y como un fenómeno que ha impulsado la presencia de lo estadístico en el debate público. De esta experiencia se concluye que en el caso chileno no se observa que la tecnocracia expulse a la política, antes bien pareciera ser que es la propia política la que se tecnocratiza, verificándose en Chile un verdadero “debate tecnocrático” en el cual el número ocupa un lugar central. Finalmente, la tesis se cierra con unas reflexiones generales a modo de conclusión.

## Tabla de Contenidos.

<b>TABLA DE CONTENIDOS.</b>	<b>3</b>
<b>AGRADECIMIENTOS.</b>	<b>4</b>
<b>INTRODUCCIÓN. DE LA NATURALEZA DEL PROBLEMA Y DE LA ESTRUCTURA DE LA RESPUESTA.</b>	<b>6</b>
<b>CAPÍTULO I. EL MARCO DE LA SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO EN LA PREGUNTA SOBRE EL ESTATUS DEL CONOCIMIENTO CUANTITATIVO.</b>	<b>17</b>
<b>CAPÍTULO II. LA INFORMACIÓN CUANTITATIVA EN LAS SOCIEDADES Y LA ESPECIFICIDAD DE LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS.</b>	<b>28</b>
<b>CAPÍTULO III. EL DESARROLLO DE LA CUANTIFICACIÓN EN LAS SOCIEDADES MODERNAS.</b>	<b>46</b>
<b>CAPÍTULO IV. LA LEGITIMACIÓN DE LA CUANTIFICACIÓN, O DE LOS PROCESOS QUE LLEVAN AL IMPERIO DE LO CUANTITATIVO.</b>	<b>61</b>
<b>CAPÍTULO V. EL CONOCIMIENTO ESTADÍSTICO Y EL PODER. EL CASO DE LA TECNOCRACIA.</b>	<b>84</b>
<b>CAPÍTULO VI. A MANERA DE CONCLUSIÓN.</b>	<b>96</b>
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.</b>	<b>104</b>

*Quiero dedicar esta tesis a mi querido Papá quien,  
a contrapelo de sus sueños y sin entender mucho esta aventura,  
siempre creyó en mi, entregándome toda su confianza y apoyo  
para construir mi propio sueño.*

## **Agradecimientos.**

Dado que la conclusión de esta tesis representa el cierre de una etapa, es para mi inevitable ponerme un tanto sentimental: Mi aproximación a la sociología se produjo a partir de un conjunto vago de intuiciones y mucho afán de reinención personal. En ese caminar me iría afortunadamente encontrando con experiencias, ideas y puntos de vista que junto con ser parte de un programa de estudios me servirían en gran medida para asimilar mejor muchos de mis propios cambios biográficos. De todo ello, creo haber rescatado lo necesario para formarme una manera nueva de mirar la vida cotidiana y de ser yo mismo. Así, sin tenerlo muy claro al inicio, creo haber encontrado una profesión que se ajusta bastante a mi modo de ser, de trabajar y relacionarme con la gente y a las cosas que valoro y me interesan como metas de vida. En ese sentido me siento afortunado de haber encontrado este camino que en su momento no aparecía tan visible ni tan recomendable. Es por ello que, por sobre otros aspectos relacionados con el hecho de estudiar sociología en “la Chile”, rescato y valoro en primer lugar la experiencia de vida que ella representó.

Frente al recuerdo de ese camino y al entregar esta tesis, quiero agradecer profundamente a todos quienes lo hicieron posible y a todos quienes lo hicieron, además, un camino feliz: a mi familia, a mis profesores y a mis amigos; son tantos nombres que no caben en esta página pero son tan importantes que su recuerdo tenía que estar en ella.

*Rodrigo Márquez, el Porteño.*

## **Introducción. De la naturaleza del problema y de la estructura de la respuesta.**

### *Del problema a investigar*

A nadie debiera extrañar, y creemos que a nadie extrañará, que se haga notar la gran cantidad de información cuantitativa que disponemos en la actualidad y el prestigio social del que dispone. Y en particular, de la importancia que ha adquirido la información cuantitativa sobre el ámbito social. Por poner un ejemplo que, precisamente por lo cotidiano, tiene su importancia: Ya no sólo discutimos en Chile sobre calidad de la educación, discutimos también sobre los resultados del SIMCE. Independiente de todos los aspectos que pueda tener la discusión pública y la presentación pública de datos, una parte crecientemente importante es una que es claramente cuantitativa: hablamos de ciertos números, y de ciertos números específicos –los puntajes del SIMCE- para extraer socialmente toda una serie de conclusiones sobre la calidad de la educación.

Como en muchos aspectos de la sociología, la mera exposición de la pregunta general muestra ya toda la aproximación. En otras palabras, no nos interesa el hecho en sí de la presencia de información cuantitativa en una sociedad. No nos interesa, particularmente, el uso de la información cuantitativa por parte de organizaciones en su operatoria cotidiana. Lo que nos interesa es la aparición de la información cuantitativa en la discusión pública. Ahora, por cierto, tampoco podemos decir, antes de presentar la investigación, que una preocupación por la discusión pública no está relacionada con lo que concierne a las organizaciones o con la simple presencia de la información cuantitativa.

Entonces, el trabajo que desarrollamos a continuación se pregunta sobre el carácter del conocimiento en las sociedades contemporáneas, y en particular en lo que dice relación con Chile. En ese sentido, la pregunta central de este estudio versa sobre el conocimiento socialmente validado, aquél que circula en los discursos públicos y se acepta como legítimo y convincente. O sea, no nos interesa la producción y la circulación de conocimiento per se y en su totalidad, lo que nos interesa es la pregunta sobre la legitimidad del conocimiento: de donde proviene y que hace en una sociedad. Y dada nuestra observación inicial, es claro el conocimiento específico del cual queremos indagar en su estatus de legitimidad y en sus efectos en la sociedad: el conocimiento cuantitativo.

En general, podemos plantear que diversos actores, públicos y privados, buscan servirse de la imagen de cientificidad y neutralidad que presenta el conocimiento cuantitativo para legitimar sus puntos de vista, instalar agendas de debate público, incidir en la toma de decisiones; y, en definitiva, construir realidad social a partir de sus intereses particulares. Esta búsqueda de formalizar los mas variados fenómenos sociales en números e indicadores pareciera responder, uno pudiera pensar, por una parte al imperio de un tipo de lenguaje que expresaría la racionalidad tecnocrática que surge hoy como modelo de gestión de los asuntos públicos y que buscaría imponer la racionalidad por sobre el voluntarismo en las decisiones políticas, otorgándole a las estadísticas un rol parecido al de un arbitro socialmente aceptado quien seria el responsable de marcar con imparcialidad el límite entre lo deseable y lo posible.

Parece claro entonces que existe en la actualidad una gran cantidad de información numérica sobre las sociedades y que prácticamente sobre el tema que deseamos habrá una serie de números para comparar, evaluar y analizar una sociedad dada. Pero alguien pudiera decir que eso es cierto con respecto a casi cualquier tipo de información, que de todos los tipos de información se dispone de gran cantidad, que todas ellas han crecido en gran número; entonces ¿cuál sería la especificidad de la información cuantitativa?

En términos más formales, estas indicaciones nos hacen ver cuáles serían las preguntas centrales que intenta resolver este trabajo: ¿Cuál es el estatus que se le asigna a la información cuantitativa? ¿Qué factores le hacen poseer ese estatus? ¿Qué nos dice sobre la sociedad ese estatus? ¿En que se diferencia de otros tipos de información? ¿En que se diferencia del uso de información cuantitativa en las sociedades modernas contemporáneas de otro tipo de sociedad? Porque, y eso hay que tenerlo muy claro, el hecho que exista actualmente una preponderancia de la información cuantitativa, y que en general hablemos de sociedad de la información no implica que es sólo en la actualidad que circula información cuantitativa o que sólo en la actualidad la información es relevante.

Estas preguntas son relevantes en primer lugar, porque la sociología del conocimiento es uno de los ámbitos clásicos de la sociología, y nuestra pregunta se inserta plenamente en esa tradición y en su pregunta clásica fundamental ¿Qué vale como conocimiento en la sociedad? En segundo lugar, la importancia de esta tesis radica en intentar contribuir al análisis de los cambios que Chile ha experimentado en los últimos años al paso de un proceso acelerado de modernización. Sin duda que hay muchos aspectos de esos cambios que sí han sido estudiados sin embargo hay otros que o no se han estudiado o no se han

actualizado en sus bases conceptuales ni empíricas. Es así como, por ejemplo, es posible encontrar buenas investigaciones sobre tecnocracias en Chile, pero no sobre el avance del tipo de información que ellas representan. En tercer lugar, este análisis pretende contribuir a una mejor valoración de las implicancias que van más allá de la metodología en cualquier proceso de cuantificación de lo social. O sea, aparte de lo que puede implicar como aporte para el conocimiento de la sociedad chilena, este estudio intenta aportar para el carácter reflexivo de la propia sociología. No podemos olvidar, que la información cuantitativa es constituyente de nuestra propia disciplina. Y, por lo tanto, nos hablará este estudio no solamente de la sociedad chilena y de sus formas de construcción de conocimiento, sino también de una parte importante de nuestro propio quehacer como sociólogos. Este estudio espera aportar en esas tres direcciones, construyendo una mirada teórica que permita derivar un argumento general.

*Algunos elementos formales.*

Para formalizar y dejar más en claro la estructura de esta tesis y lo que estamos buscando responder en ella, a continuación presentamos los objetivos e hipótesis que ordenarán nuestra exposición:

Partamos entonces con una pregunta de investigación y con un objetivo general. Entonces:

Pregunta de investigación:

¿Qué factores y procesos explican y están detrás de la importancia que ha adquirido la información cuantitativa en la sociedad chilena contemporánea?

Objetivo General:

Desarrollar un argumento que permita explicar y describir los factores y procesos que explican la importancia que ha adquirido la información cuantitativa en la sociedad chilena contemporánea.

Es importante tener en cuenta que el objetivo es desarrollar un argumento teórico. La prueba empírica no es parte de esta tesis, aunque –con motivos de ilustración y ejemplificación- vamos a hablar de ciertos datos empíricos. Pero, claro está, su valor de prueba es relativo.

**Objetivo número 1:**

Describir las características específicas de la información cuantitativa en las sociedades modernas.

Hipótesis para objetivo número 1:

- a) Lo que distingue a las sociedades contemporáneas de otras sociedades no es el uso, ni siquiera el uso sistemático, de información cuantitativa; sino el uso particular de la información cuantitativa –un uso más abstracto de los números (por decirlo de otra forma, todas las sociedades cuentan; la modernidad construye indicadores)
- b) La información cuantitativa moderna se diferencia por una característica de la sociedad: la asignación de una legitimidad mayor al tipo de conocimiento cuantitativo frente a otras formas de conocimiento.
- c) En una discusión pública, el conocimiento cuantitativo desplazará a otras formas de conocimiento si estos se encuentran en conflicto.

**Objetivo número 2:**

Establecer los procesos que intensifican el proceso de cuantificación de la sociedad.

Hipótesis para objetivo número 2:

- a) Las características de la esfera pública de discusión moderna ayudan al desarrollo de la cuantificación: la búsqueda del argumento ‘objetivo’ en la discusión pública da a lo cuantitativo una ventaja inscrita en el sistema
- b) La sola necesidad de información cuantitativa por parte de agencias estatales no es suficiente para explicar el surgimiento y la supremacía de lo cuantitativo

**Objetivo número 3:**

Indagar en las relaciones entre cuantificación y poder.

Hipótesis para objetivo número 3:

- a) El desarrollo de grupos tecnocráticos está íntimamente ligado al desarrollo de una visión cuantitativa de la sociedad.
- b) Una de las características de la sociedad chilena es la existencia de una lucha entre diversos grupos tecnocráticos, por lo que no se da una oposición tecnocracia/política sino una imbricación.

### *La estructura de la respuesta.*

¿Qué es lo que vamos a hacer para responder a las preguntas que conforman el presente estudio? Básicamente, lo que proponemos aquí es hacer una exploración teórica, desarrollar y construir un marco analítico desde el cual fundamentamos en detalle la relevancia del tema que nos preocupa y acuñar materiales conceptuales básicos desde las cuales sustentar futuras investigaciones en este campo.

El lector podrá preguntarse cuál es la finalidad de, en una tesis teórica, desarrollar hipótesis para responder a los objetivos planteados. En un trabajo empírico ‘normal’, las hipótesis se desarrollan a partir del marco teórico desarrollado para el estudio. Pero una tesis teórica es, más bien, un gigantesco marco teórico, entonces ¿no debieran aparecer las hipótesis al final del estudio? Bien pudiera parecer, y no deja de ser una posición razonable, que las conclusiones de un estudio teórico debieran ser un conjunto de hipótesis. Ahora, eso implica olvidar que tener hipótesis no es algo que se elige, siempre se tienen algunas ideas sobre el tema a investigar, y siempre estas ideas guiarán la investigación. Por ello, especialmente en una tesis teórica, plantear el juego desde un inicio parece una posición más razonable (lo que no quita que se pueda igual terminar con otras hipótesis y sugerencia de estudios futuros); esta posición al menos, obliga a mostrar la apuesta inicial y a, sencillamente, mostrar la posibilidad que –incluso en un puro desarrollo teórico– las ideas iniciales resulten incorrectas o sin mayor utilidad, que de todas formas fue necesaria su modificación. Lo que nos indica además, que lo que estamos haciendo en este momento es mostrar la apuesta inicial, no los resultados de dicha apuesta.

Ahora, lo que esta posible pregunta de un lector debiera dejar en claro es que una tesis teórica es una tesis teórica: Nada aparece probado empíricamente. Se pueden hacer, y se hacen, ilustraciones empíricas, observaciones sobre asuntos de hecho; pero –claramente- esas ilustraciones no dicen mucho a guisa de prueba o contrastación.

De hecho, la observación anterior nos hace ver un tema más general de una tesis teórica: El que buena parte de los elementos formales de diseño de una tesis ‘normal’, empírica - justificación de su relevancia, antecedentes, identificación del fenómeno a explicar- no tan sólo el marco teórico (las hipótesis) son, en realidad, de lo que trata la tesis como tal. La búsqueda de la relevancia no es algo que este dado previamente en una tesis teórica, es parte de su trabajo de investigación teórica establecer la relevancia del problema. La identificación específica del problema y el fenómeno a estudiar, la primera parte de todo estudio, es también parte en sí de la investigación teórica y por ello pueden estos incluso verse modificados hacia el final del trabajo. Por decirlo de otra forma, un estudio teórico, nace del convencimiento que todos los elementos que van antes siquiera de empezar el examen empírico requieren de un examen atento y minucioso. Por decirlo de alguna forma, del convencimiento que –en al menos el tema tratado- el propio desarrollo de un proyecto ya es en sí toda una investigación.

Una vez dicho lo anterior podemos presentar la estructura general de la tesis. Para desarrollar las respuestas a las preguntas que nos interesan, hemos establecido un texto en 6 capítulos:

En el primero de ellos se discute la pertinencia de incluir esta tesis en el marco de la sociología del conocimiento, que es una de nuestras ideas iniciales de donde se inserta nuestra preocupación teórica. En el segundo capítulo se analiza cuál es la particularidad del uso de números y estadísticas en las sociedades contemporáneas. Para ello se trae a colación algunos ejemplos de la forma en que las sociedades antiguas disponían de esos instrumentos. Lo que nos interesa es especificar el fenómeno que estamos intentando desarrollar: ¿Qué es lo específico de la situación del conocimiento cuantitativo en la modernidad? (si es que existe algo específico). En el tercer capítulo se elabora una visión crítica de la historia y desarrollo de la cuantificación en las sociedades modernas fundamentándose la relación entre el desarrollo del conocimiento estadístico es tributario del específicas condiciones sociales que lo hacen posible. Es aquí que vamos a defender la idea que lo que resulta específicamente interesante es analizar procesos sociales que inciden en el avance de la legitimidad del número en el debate público de la sociedad moderna. El cuarto capítulo, exploramos algunas ideas que han sugerido diversos autores en torno la creciente ganancia de legitimidad del conocimiento estadístico en la sociedad. Especial atención se pone al proceso de institucionalización de la “esfera de la opinión pública”, en ese sentido la esfera pública como el lugar donde se juega la legitimidad. Finalizamos este capítulo con una pequeña digresión en torno a la existencia de otros saberes objetivos en la sociedad distintos del saber estadístico con lo cual se resalta la naturaleza específica de la pregunta de esta tesis relativa a las razones que están a la base de la preeminencia de la cuantificación entre ese otro conjunto de saberes objetivos. En el quinto capítulo, se revisan algunos materiales teóricos que permiten establecer la relación entre el conocimiento estadístico y el poder. En este marco se introduce la visión de la tecnocracia como un campo donde los saberes legítimos rivalizan y como un fenómeno que ha impulsado la

presencia de lo estadístico en el debate público. Y finalmente, como corresponde a una buena estructura textual, el capítulo sexto cierra con unas reflexiones generales y reformulación de hipótesis a modo de conclusión. Y con ello, entonces, esta tesis deja el campo abierto para trabajos más profundos y detallados, y finalmente empíricos, sobre el tema, lo que parece ambición suficiente para una tesis.

## **Capítulo I. El marco de la sociología del conocimiento en la pregunta sobre el estatus del conocimiento cuantitativo.**

¿Dónde se ubica disciplinariamente nuestro trabajo? ¿En cual de todos los campos de estudio? Dado el carácter teórico de esta tesis nos parece relevante dedicar un tiempo a fundamentar una respuesta a esa interrogante. Ahora, la respuesta a esa pregunta no es un puro academicismo, representa también una pregunta por aquellas tradiciones teóricas que pueden ser las de más utilidad para desarrollar estos temas.

Lo primero, la respuesta más evidente, es que para una tesis cuya pregunta es sobre el estatus, sobre la validez socialmente adquirida, del conocimiento estadístico en la sociedad Chilena podría ubicarse, a primera vista, dentro del marco de la sociología del conocimiento. Parece, el lugar más obvio en realidad. Nuestra pregunta sería, entonces, sobre cómo cierto conocimiento termina siendo validado en la sociedad. Y para ello se requeriría el marco conceptual que proviene de la tradición de la sociología del conocimiento. En particular, las ideas de la sociología del conocimiento científico (lo que se ha llegado a nombrar con las siglas SSK en inglés: *sociology of scientific knowledge*) serían de particular interés para nosotros, dado que el desarrollo de la información cuantitativa ha tenido que ver con el desarrollo de las disciplinas de las ciencias sociales<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> No estará de más recordar que cuando decimos que la sociedad chilena actual está llena de números, estamos pensando en herramientas y datos tales como el PGB, IMACEC, SIMCE etc. Todos ellos corresponden a invenciones y desarrollos de las ciencias sociales al fin y al cabo.

Pero en realidad, y esto es lo que pretendemos mantener en este capítulo, bien puede ser que el ‘tema’ se sitúe dentro en el marco de la sociología del conocimiento (o la sociología del conocimiento científico) pero nuestra pregunta no está orientada al tipo de discusión que se ha dado en sociología del conocimiento o de la ciencia en el último tiempo. Nuestra pregunta es sobre legitimidad y validez del conocimiento, pero la orientación ‘interna’ de la moderna sociología del conocimiento –orientada esencialmente al tema de la construcción de la validez al interior de la disciplina- no es nuestra pregunta. No es nuestra preocupación indagar qué pasa con los contenidos de la disciplina.

La sociología del conocimiento que podemos denominar crítica, el conocido programa fuerte en esa disciplina, parte precisamente de la percepción de una insuficiencia: Que una sociología del conocimiento centrada en un análisis de la estructura de una comunidad científica (de cómo funciona, de cómo se desarrolla, en qué condiciones, de qué le pasa a una sociedad cuando se forma una de ellas etc.) no discute ni analiza el centro de la actividad científica. Que se queda en la periferia y en aspectos de menor relevancia, pero no analiza los contenidos de la ciencia. Por ello se plantea que la tarea central de una sociología del conocimiento que realmente ilumine el funcionamiento de la ciencia requiere trabajar sobre el contenido de la ciencia. Los contenidos, las ideas y teorías científicas no pueden quedar fuera del campo de análisis científico, y en particular de la sociología. En otras palabras, este enfoque se ubica precisamente en las antípodas de nuestras preocupaciones.

Pero detengámonos aún en analizar el postulado que ha resultado más polémico en esta idea de un análisis sociológico de los contenidos de la ciencia: el postulado de neutralidad. La idea básica es que al analizar las diversas ideas científicas no es necesario preocuparse de su (posible) valor de verdad. Las ideas que la ciencia ha aceptado y aquellas que ha rechazado debieran tratarse de la misma forma, no preocupándose mayormente de las posibles razones para su aceptación o rechazo: en otras palabras, lo que no se puede aceptar como posible explicación es el hecho que una teoría sea verdad y otra equivocada.

Resulta quizás extraño, que el postulado de neutralidad haya generado tantos resquemores. Ese ha sido siempre la piedra de toque de la mayor parte de las críticas a la sociología del conocimiento, y en especial del programa fuerte. Al fin y al cabo, parecidos postulados de neutralidad nunca han sido obstáculo en sociología de la religión: a nadie se le ha ocurrido (pensemos en el clásico análisis de Weber sobre el protestantismo) que una discusión sobre los efectos sociales del pensamiento religioso y de su relación con la sociedad tenga la menor relevancia para una discusión acerca de la validez de esas creencias.

Por otro lado, el programa fuerte no es más que una expansión de la voluntad 'científica' de romper todas las ilusiones, incluso las propias. En última instancia, y Bloor es perfectamente claro a este respecto, ¿no representa la sociología de la ciencia simplemente el hecho de analizar científicamente a la ciencia?

Pero no es claro que ese tipo de argumento pudiera callar a los críticos. Porque precisamente la duda que aparece en los críticos del 'programa fuerte' es que un examen de los orígenes sociales de las ideas científicas, por definición, implica dudar de la validez de

esas teorías. Y esto porque –en la visión de la ciencia propugnada por los científicos- los motivos para aceptar una idea en ciencia son racionales: la pura fuerza del mejor argumento es lo que funciona. Y dado eso, entonces cualquier otra razón es innecesaria y hace dudar que efectivamente la ciencia funcione como tal. El uso de cualquier otro motivo aparte del racional es innecesario, superfluo si el argumento fue racional<sup>2</sup>. Sólo se requieren examinar otros aspectos si es que el argumento racional no fue suficiente.

El punto es que podemos aceptar el postulado de neutralidad en sociología de la religión porque, independiente de nuestras personales posturas religiosas, nuestras sociedades no se basan en la pretensión que la religión es la forma de conocimiento válido. Pero ese tipo de consideración no resulta aceptable cuando se trata con algo que sí se pretende sea tenido en general como válido: Si se cree en la corrección de la ciencia, entonces el estudio científico de la ciencia es la propia ciencia: Para entender por qué se da por válida ciertas ideas si uno cree en la ciencia, entonces no se requiere otra cosa más que ‘ver la evidencia’ (Bloor cita a Lakatos en ese sentido, 1998: 267). Ese es todo el examen científico necesario. Y el *ethos* de la investigación científica no requeriría otra cosa que aplicar el método científico<sup>3</sup>. Para quien cree en la ciencia el postulado de neutralidad lo que hace es negar esa creencia.

---

<sup>2</sup> De hecho, este tipo de argumento es usado incluso en ciencias sociales: El paradigma del rational choice da por acabada una explicación cuando se da una explicación racional de la acción. Ninguna explicación posterior es necesaria si se cuenta con una explicación racional del comportamiento (vease Boudon 1998 para una revisión de este tipo de argumento)

<sup>3</sup> Uno recuerda la idea de Popper que la ciencia es una actividad hecha por una comunidad, donde hay apertura a las críticas: ‘What the sociology of knowledge overlooks is just the sociology of knowledge –the social or public character of science It overlooks the fact that it is the public character of science and its institutions which imposes a mental discipline upon the individual scientist, and which preserves the objectivity of science and its tradition of critically discussing new ideas’ (Popper, 1957: 144). Si te parece que con la evidencia empírica no es suficiente para explicar tal cosa, entonces haz la crítica dentro de la ciencia. Decir que X se cree por motivos sociales equivale a negar la validez racional de cree en X. Sería parte de la propia crítica interna –de las operaciones de los científicos- el realizar esa crítica, no un asunto externo (una ‘sociología de la ciencia’). En ese sentido, el programa de la sociología fuerte sería, para esta posición, irreconciliable con posturas que acepten la racionalidad de la ciencia.

Creemos, entonces, que la discusión del ‘programa fuerte’ sobre el tema de la validez del conocimiento es un camino innecesario por lo menos para esta tesis. Se puede analizar la ciencia desde una perspectiva sociológica, se la puede analizar en detalle y en profundidad, sin entrar a discutir ni preocuparse por el tema de la validez (ni siquiera en el sentido de no ejercer juicio, en el sentido –algo más general- que simplemente no es tema ni asunto requerido para realizar análisis sociológico de la ciencia). Por una parte, porque resulta extraño –en puros términos sociológicos- pensar que el *sancta sanctorum* de la ciencia corresponde a sus contenidos.

El denostado análisis de las relaciones sociales que constituyen la actividad científica parece ser propiamente sociológico. En ese sentido, el análisis de las relaciones sociales que conforman la ciencia –cómo se caracteriza la ciencia como un sistema o una estructura social- es perfectamente compatible con cualquier idea acerca de la validez de las ideas científicas. Como lo prueba el hecho que, al fin y al cabo, ha sido practicado por personas que nunca han dudado de la validez pre-eminentemente del método científico (digamos Popper cuya teoría institucional de progreso científico es precisamente eso, 1947: 141-148). Precisamente porque ese análisis es neutral en un sentido más profundo que el de no examinar la validez de los contenidos como motivo de su aceptación, es que sencillamente no trata de contenidos. El programa fuerte es, finalmente, un programa que intenta hablar de los contenidos de la ciencia sin preocuparse de su validez; lo que planteamos es que un buen análisis sociológico de la ciencia bien puede no centrarse en el tema de los contenidos *per se*. Y no por ello puede dejar de hablar de intereses y de poder.

En otras palabras, la preocupación por los contenidos de la ciencia no parece ser, necesariamente, el camino que exige la sociología de la ciencia. Pero más allá de lo anterior, pareciera que toda la discusión sobre validez o no, toda la discusión sobre qué causa los contenidos de la teoría es más bien un callejón sin salida.

De hecho, la que podría considerarse como una especie de ‘bestia negra’ del programa fuerte –la vieja sociología clásica funcionalista sobre la sociología del conocimiento– representa una aproximación que nos parece más ‘sociológica’. Las viejas ideas de Merton (1973) sobre el carácter comunal, universalista, carácter desinteresado y escepticismo organizado bien pueden no ser muy correctas, pero indican un camino de análisis que es de interés. En otras palabras, y en particular si no pensamos en esas ideas en términos de valores sino de orientaciones prácticas, una sociología mertoniana se preocupa de cómo funciona, que hace y cómo opera el conocimiento en la sociedad. Y en ello, nos parece que –aunque quizás las ideas particulares pueden ser ingenuas– representan un camino de interés para nuestra tesis.

Más aún, e independiente de lo que piense el lector sobre el párrafo anterior, el propio programa fuerte se basa en algunos malentendidos sobre la racionalidad.

Pensemos por ejemplo en la tesis de Lazcano (1993) sobre el conocimiento matemático, comparando los paradigmas de Grecia clásica y el pensamiento Chino. El problema no es que efectivamente existan diferencias (en el tratamiento del ‘vacío’, del 0, de lo que constituye irracionalidad), el problema es el tratamiento de esas diferencias. Por ejemplo, se nos plantea que buena parte de los problemas de los griegos con los números irracionales es

que si bien para la *episteme* moderna número es igual a magnitud (y por tanto cualquier cosa que tenga magnitud es un número), no era así en los griegos. Para quienes los temas de magnitud y número eran diferentes y por tanto la demostración que la raíz cuadrada de 2 es irracional puede leerse como una demostración de la existencia de los números irracionales o como una demostración que dicha magnitud no es un número. Y bien podría plantearse que la elección de una u otra no tiene nada que ver con la racionalidad o validez del conocimiento, sino todo que ver con la *episteme* en particular que se tenga. Todo lo cual podría ser cierto pero en nada afectaría a la demostración que la raíz cuadrada de 2 no puede escribirse como  $p/q$  con  $p$  y  $q$  siendo números enteros (que es de lo que trata la famosa demostración). En otra palabra, la significación y lugar del argumento es todo lo *episteme* relativo que se quiera, pero se puede discutir de todo ello sin de hecho, decir nada sobre la universalidad y validez de los argumentos matemáticos.

En los ejemplos que hemos dado, la enseñanza central ha sido la poca relevancia de las posibles discusiones de validez para los objetivos de este estudio. Poca relevancia que va más allá del tema del postulado de neutralidad; en general, todavía podemos entender los procesos sociales del campo científico sin hacer mayor referencia a su contenido.

Operacionalizando esta conclusión en términos de nuestro objeto de estudio, diríamos que podemos analizar la presencia de la cuantificación en la sociedad sin pronunciarnos por la validez de las cuantificaciones realizadas. De allí que esta tesis a pesar de tratar sobre estadísticas no tenga una inspiración metodológica.

Ahora más importante para nosotros, y más en sintonía con lo que queremos plantear, podemos hacer notar que la sociología de Bourdieu, desde su noción de campo, permite precisamente, mirar la ciencia desde una perspectiva sociológica, sin necesidad de aceptar los supuestos de la propia actividad; permite decir muchas cosas sobre luchas simbólicas sin necesidad de discutir acerca de, por decir algo, si los argumentos matemáticos pueden entenderse racionalmente como tal. ‘El campo científico como sistema de las relaciones objetivas entre las posiciones adquiridas (en las luchas anteriores) es el lugar (es decir, el espacio de juego) de una lucha de concurrencia, que tiene por apuesta específica el monopolio de la autoridad científica, inseparablemente definida como capacidad técnica y como poder social, o, si se prefiere, el monopolio de la competencia científica, entendida en el sentido de hablar y de actuar legítimamente (es decir de manera autorizada y con autoridad) en materia de ciencia, que está socialmente reconocida a un agente determinado’ (Bourdieu, 1999: 76)

La noción de campo le permite a Bourdieu, al mismo tiempo, reconocer la autonomía de una actividad –en este caso de la ciencia- y analizar la dinámica de ese campo en función de los intereses involucrados de sus agentes. Y lo hace sin por un lado salirse del postulado de neutralidad (de hecho, sin necesidad de referirse mayormente a él) y sin, por el otro, decir o plantar dudas sobre la validez del conocimiento científico. El punto central del concepto de campo es reconocer la existencia de intereses y conflictos propios del campo (que la creación de un campo lo que hace es generar un interés específico a él, un interés que mirado desde fuera puede parecer desinteresado pero que ordena el campo de todas formas). Esas estructuras a su vez pueden relacionarse con la sociedad más amplia, pero el efecto de la sociedad no es algo directo.

De hecho, Bourdieu hace una crítica directa al programa fuerte: “Pero hay una segunda forma de reduccionismo, más sutil, lo que se denomina programa fuerte en sociología de las ciencias, radicalización indebida de las posiciones que yo defiendo y que consiste en reducir las estrategias de los sabios a las estrategias sociales que son siempre uno de sus aspectos y a sus determinantes sociales, e ignorar la sublimación de los intereses externos, políticos –esto va de suyo- o internos, ligados a la lucha en el campo, que es impuesta por las leyes sociales de éste (y en especial por las coacciones inherentes al hecho de que cada uno no tenga otros clientes que sus competidores)” (Bourdieu, 2000: 85-86)

En los términos de Bourdieu, es con respecto al campo donde se realizan las estrategias y las luchas. Es con respecto al campo autónomo que se crea y se reproduce el capital simbólico que es necesario defender, y que se busca por parte de los practicantes. El carácter social de la ciencia aparece, por una parte, ya en las operaciones de este campo – que es producto de relaciones sociales. El hecho que el campo, con su autonomía, esté relacionado con la sociedad es un elemento de segundo nivel. La idea del campo ‘es también recordar que el funcionamiento mismo del campo científico produce y supone una forma específica de intereses (las prácticas científicas no aparecen como desinteresadas más que por referencia a intereses diferentes, producidos y exigidos por otros campos’ (Bourdieu 2000: 13). Es en la búsqueda del capital científico –de cómo producir artículos que sean reconocidos por los competidores, en las estrategias para darse un nombre científico- donde los procesos sociales, la sociología del conocimiento, aparece y representan un elemento a analizar. La discusión sobre el contenido de las ciencias no parece, en ese sentido, reconocer el específico carácter social de la ciencia: El hecho que

constituye un campo diferente del resto de la sociedad: ‘Si usted quiere vencer a un matemático, hay que hacerlo matemáticamente, mediante la demostración o la refutación’ (Bourdieu, 2000: 85).

Por cierto, el concepto de campo –ya lo hemos dicho pero vale la pena repetirlo- es un concepto que reconoce la autonomía y reconoce la relación con la sociedad general. El campo es un lugar donde las tensiones de la sociedad no se reflejan directamente, donde los procesos sociales siguen leyes que le son propias, pero donde no dejan de reflejarse. ‘La sociología de la ciencia descansa sobre el postulado de que la verdad del producto –se trataría de ese producto muy particular que es la verdad científica- reside en una especie particular de condiciones sociales de producción; es decir, más precisamente, en un estado determinado de la estructura y del campo científico’ (Bourdieu, 1999: 75)

En otras palabras, sí podemos hacer sociología de la ciencia; de hecho sí podemos dedicarnos a analizar sus contenidos, sin entrar en todos los problemas y dilemas de la tesis de neutralidad, y sin necesidad de entrar en discusiones epistemológicas, para las cuales – habrá que reconocerlo- los sociólogos no están tan bien preparados.

En cualquier caso, lo que muestran las teorías de Bourdieu –que nos parecen las más interesantes- es que nuestras preocupaciones si bien pertenecen formalmente al campo de la sociología del conocimiento, no se corresponden con lo que ha sido la tradición de la sociología del conocimiento (en particular científico) en los últimos decenios.

Pensemos en Mannheim (1941): aquí también la preocupación central es por la ideología, y por superar concepciones parciales de la ideología (por pensar que ellas corresponden al pensamiento equivocado de otros) para pasar a concepciones totales de ella (todo el pensamiento de un grupo puede verse influenciado socialmente). O pensemos en un texto más contemporáneo, como el de Gouldner (1980) donde también la ideología de la nueva clase que él descubre es el tema central. En otras palabras la ideología –cómo la situación social influye el pensamiento de un determinado grupo- ha sido también un tema tradicional de la sociología del conocimiento. Y, por tanto, ha influenciado también buena parte de lo que ha sucedido en la sociología del conocimiento científico. Pero el tema que más nos interesa a nosotros que es cómo opera el conocimiento en la sociedad; que significa para tal sociedad que tal conocimiento sea legítimo, no ha sido abordado con tanta importancia.

Para decirlo de otro modo: esta no es una tesis centrada sobre lo que sucede en el campo del conocimiento, en el campo de las disciplinas de las ciencias sociales que generan las estadísticas y los indicadores. Es una tesis cuya pregunta versa sobre qué es lo que pasa con ese conocimiento cuando opera en la sociedad en general. En ese sentido, es una tesis que, si bien discute sobre ideas, no se preocupa tanto de sus contenidos sino de su uso en la sociedad. Lo que nos interesa analizar es cómo un cierto tipo de argumentación aparece, se relaciona con la discusión pública, adquiere un lugar de importancia, e impacta sobre la forma en que se discute en y sobre la sociedad.

En esta tesis nos interesa el camino que va desde el conocimiento a la sociedad, no desde la sociedad al conocimiento.

## **Capítulo II. La información cuantitativa en las sociedades y la especificidad de las sociedades contemporáneas.**

Nuestra pregunta, recordemos, tiene relación con el carácter del conocimiento en las sociedades contemporáneas, y en particular en lo que dice relación con Chile. Una pregunta que, claramente, nos va a informar acerca del estado de esas sociedades y nos dirá cosas sobre ellas. Pero es la sociedad, no el campo científico el eje de nuestro interés. En ese sentido, nuestra pregunta es sobre el conocimiento legítimo, sobre el conocimiento socialmente validado y sobre lo que este tipo de conocimiento produce en una sociedad determinada.

En particular nos interesa un tipo específico de conocimiento que se ha convertido en legítimo en estas sociedades: nos referimos al conocimiento estadístico y cuantitativo sobre la sociedad. A nadie debiera extrañar si decimos que este tipo de información ha aumentado de importancia en los últimos años. Es claro que existe en la actualidad una gran cantidad de información numérica sobre las sociedades. Tanto es así que prácticamente sobre el tema que deseemos habrá una serie de números para comparar, evaluar y analizar una sociedad dada. Pero alguien pudiera decir que eso es cierto con respecto a casi cualquier tipo de información, que todas ellas han crecido en gran número, no por nada hablamos en general de nuestro tiempo como una “sociedad de la información”. Sobre este punto, piénsese por ejemplo en la experiencia de un consumidor enfrentado a la aventura de discriminar entre una gran cantidad y diversidad de mensajes publicitarios cuál es el mejor producto o

servicios para satisfacer su necesidad. En este escenario, ¿cuál sería entonces la especificidad de la información cuantitativa?

Y su especificidad tiene que ver precisamente con el tema que anunciáramos en el primer párrafo de esta sección: la legitimidad de la información. La información cuantitativa, las estadísticas, cuentan con un valor social de verdad que resulta difícilmente alcanzable por otras modalidades. Cuando, para dar un ejemplo cualquiera, queremos hablar de cuan próspera o cuan pobre es nuestra sociedad, lo primero que daremos serán números: el PGB per capita, el porcentaje de pobres. La experiencia cotidiana de los precios de poco vale cuando se presentan las cifras de inflación<sup>4</sup>. Nuestras percepciones, nuestras creencias sobre el estado de la sociedad están profundamente influenciadas, moldeadas y modificadas por los números que circulan en la sociedad.

Ésta idea, queda bien respaldada en el siguiente texto de Ray Thomas “...the justification for publication of statistics (and for making statistics available in other ways) stems from their reality creating function. Statistics enable government organisations, and organisations independent of government, to develop a common view of what is happening in the economy, in society, and in government itself. Dudley Seers emphasised the importance of this common view in writing: *‘We cannot, with our own eyes and ears, perceive more than a minute sample of human affairs, even in our own country - and a very unrandom sample*

---

<sup>4</sup> El ejemplo presenta de inmediato el juego: No es en sí que las cifras estadísticas tengan mayor legitimidad que la experiencia cotidiana, dada la continua falta de confianza en las cifras del IPC entregadas durante el régimen militar. Sin embargo, lo interesante es que la desconfianza no se manifestó solamente en una pérdida de legitimidad de las cifras oficiales, lo que se hizo fue presentar unas cifras contra-oficiales (entregadas por el PET, Programa de Economía del Trabajo). En una sociedad contemporánea, entonces, la duda sobre un dato estadístico sólo puede satisfacerse cuando otro dato estadístico es presentado como más adecuado para esa realidad. Pero lo que se requiere, a final de cuentas, es contar con un número.

*at that. So we rely on statistics in order to build and maintain our own model of the world. The data that are available mould our perceptions* (Seers, 1983, p 130) “(Thomas, 2004)

En ese sentido, se puede aceptar la idea que las sociedades contemporáneas tienen una imagen de sí, una representación de lo que es la sociedad, marcada por el número. Y que eso las diferencia, en buena medida, de sociedades anteriores.

Incluso, existe un argumento que le atribuye un rol central a los números para que las sociedades modernas puedan representarse como tales: ‘But if historians of Italy have this often noticed that the ruling elite’s first knowledge of the country was of a statistical nature and have written extensively on the politics of Italian positivism; yet they have not investigated the cognitive implications and the reality effects of this practice of knowledge. Nor have they investigated how it contributed to the understanding of what Italy was about or how it shaped the image of this entity both before and after its existence as an independent state. This study will explore precisely these issues and will contend that in Italy statistics not only performed a work of ideological and political legitimation, but also contributed to the creation, the ‘production’ as it were, of the Italian nation, that is of the very entity that they were supposed to describe’ (Patriarca, 1996: 4) Aunque, en principio, la idea que la nación italiana fue construida en el siglo XIX es debatible (los italianos se reconocían como italianos antes de ese siglo, otra cosa es que eso no se viera indisolublemente ligado a la idea que necesitaran constituir un solo estado o que esa fuera su única identidad nacional) es el otro punto de esa cita el que nos interesa: Que la imagen de sí mismos que tenían los italianos en el siglo XIX estaba en gran parte nominada por

estadísticas –y especialmente por aquellas que los mostraban atrasados en relación a otros países europeos- parece esencialmente correcta.

Por lo tanto, estamos ante sociedades que usan números de manera intensa y donde el número realiza un gran número de funciones. He ahí el fenómeno que queremos analizar, del cual queremos descubrir sus posibles causas y describir sus procesos.

Pero, antes de continuar es preciso hacerse cargo que para hacer sostenible la aseveración relativa a la importancia y ubicuidad de los números y las estadísticas en las sociedades contemporáneas afirmando además que eso las distingue de otras sociedades, se requiere en primer lugar precisar lo que vamos a entender por números y estadísticas. No todo número sirve para esa afirmación.

Y ello porque, a final de cuentas, las organizaciones han usado números, y de manera muy crucial para sus operaciones, prácticamente desde que tenemos registros sobre ellas. O parad decirlo de otra forma, registro numérico y organización van de la mano<sup>5</sup>. No es casual que, por dar el ejemplo más claro y evidente, que la mayoría de los documentos históricos recogidos de las culturas que usaron la escritura cuneiforme sean de hecho documentos contables, con la información más relevante siendo numérica: cuanto se tiene de qué bienes. De hecho, el que las instituciones formales –incluso en los primeros tiempos históricos- dependieran de un uso masivo de los números se observa en el hecho que los

---

<sup>5</sup> Que registro y organización van de la mano ha sido uno de los puntos más importantes para Jack Goody (1987). Sin embargo, al mismo tiempo Goody enfatiza el carácter de registro contable de las primeras escrituras. Lo que encontramos al inicio no son cartas, declaraciones de los reyes, son cuentas, cuentas y más cuentas: Cuanto trigo tiene tal funcionario a cargo, cuantos trozos de tela pasaron de aquí para allá etc.

documentos más primitivos, el tipo de documentos previos al desarrollo pleno de la escritura, sean casi en su totalidad de contabilidad. De hecho, en realidad tenemos sistemas de contabilidad claramente desarrollados previos al desarrollo de una escritura muy adelantada: Los períodos Uruk tardío y Jemdet Nasr (entre el 3200 y el 3000 AC) ya tienen sistemas de contabilidad bastante complejos, pero la escritura como tal no ha sido completamente desarrollada. Y de hecho, mientras comprendemos claramente lo que significan los signos de contabilidad no podemos descifrar completamente las tabletas en cuestión como lenguajes (aunque los lenguajes como tal se conocen bien –es el sistema de escritura el que falla). En parte porque es la necesidad contable la que genera el sistema: ‘The fact that the Uruk tablets were located in the enclosure of the great temple of the city, and that the pieces clearly constitute accounts of the movements of goods, listing numbers first in detail and then totalled, makes us think that this script was established mainly in order to memorize the numerous and complicated economic operations centered in that temple. The finds from Jemdet Nasr and Ur are almost exclusively composed of analogous pieces, with the single exception of a small number of sign lists evidently prepared especially for the teaching, the training and the use of the scribes. It is only starting in 2600 (the first royal inscription and the ‘literary’ archives of Fara) that the use of the script was extended into other areas. (Bottero, 1992: 70)<sup>6</sup>.

Aparte del ejemplo no resulta difícil entender porque las organizaciones –pensemos en los Estados- han requerido información numérica casi desde sus inicios. Instituciones basadas en su capacidad de extraer tributos requieren, en última instancia, ser capaces de tener algunos datos sobre esa capacidad: sobre la población y la producción.

---

<sup>6</sup> ~~Para una buena~~ descripción de estos primeros registros contables ver Nissen et al (1993)

Instituciones basadas en su capacidad para producir fuerzas militares requieren también datos sobre esa capacidad: sobre el número de hombres que pueden llevar armas, las cantidades de alimentos (y otros elementos) necesarios para mantenerlos en el campo y otro tipo de cifras. Puede que los censos sistemáticos sean una invención moderna, pero ya los romanos conocían la necesidad de contarse a sí mismos (o al menos, de contar lo que su estado requería saber: el número de ciudadanos) y bien podemos, entonces, contar con datos del número de ciudadanos romanos a lo largo de los siglos<sup>7</sup>.

Podríamos seguir con otros ejemplos (la correspondencia comercial a través de las épocas y las sociedades siempre es una rica fuente de números), pero con lo ya dicho resulta suficiente para mostrar que no es por el uso de números, ni siquiera por el “uso numeroso de los números”, que las sociedades contemporáneas pueden distinguirse de otras<sup>8</sup>.

Sin embargo, parece claro que existen diferencias, y es con ello que vamos al centro de nuestra hipótesis sobre la especificidad contemporánea. Con respecto a la antigüedad clásica se ha remarcado que, a pesar de la cuantiosa existencia de datos numéricos, no tenemos nada que pueda compararse a una serie estadística o que nos permita decir cosas que en las sociedades actuales son tan fáciles de detectar (desde datos comerciales como la tasa de interés reinante hasta datos sobre producción o de estadísticas laborales o incluso

---

<sup>7</sup> Con respecto a la era republicana, cualquier texto contará con una tabla del número de ciudadanos (por ejemplo Crawford, Michael 1992: 96)

<sup>8</sup> El énfasis que hemos dado al caso mesopotámico se debe a una característica de la documentación: Debido al material en el cual escribían, una gran cantidad de sus documentos, y de todo tipo, ha sobrevivido. De otras civilizaciones estamos limitados a algunas inscripciones monumentales o en piedra, a las sobrevivencias literarias –difícilmente un buen marco de todos los documentos que esas civilizaciones produjeron. Pero en el caso mesopotámico, donde hemos recuperado todo tipo de documentos, lo que tenemos es una inmensa preponderancia de aquellos que usan números. Es una buena forma de mostrar la importancia del número a lo largo de la historia.

datos de votación en sociedades que tenían elecciones)<sup>9</sup>. Por cierto que hay datos que sabemos que esas sociedades tenían, pero con los que no contamos en la actualidad (por ejemplo, los ingresos del Estado), pero existen toda una serie de datos que sabemos que no fueron producidos.

Ahora, ¿cuál es la diferencia entre los números en su uso permanente –digamos, con cuantos soldados cuenta tal Estado- y los números que estamos indicando faltaban en esas sociedades –digamos, indicadores de desempleo?- La diferencia parece obvia una vez mencionados los ejemplos: Los datos con que prácticamente todas las sociedades han contado y han usado corresponden a cuentas: resultan de la simple operación de contar y enumerar<sup>10</sup>. En otras palabras todas las sociedades complejas cuentan con información acerca del número de ciudadanos, o de residentes, o del número de trozos de tela producidos, o de soldados. Al fin y al cabo, sabemos –por ejemplo- que en el Imperio Romano todo soldado recibía al final de su servicio un pago. Ahora, para poder realizar dicha operación había que contar con muchos datos de carácter numérico (sobre cuantos soldados, digamos, en Inglaterra terminaban su servicio el próximo año y cuanto dinero era necesario que tuviera la administración local para sus pagos). Puede que esos datos específicos no hayan llegado hasta nosotros, pero claramente existían. Los datos estadísticos de las administraciones tienen los mismos problemas que Geoffrey Parker ha mencionado en relación a los mapas: “by their very nature all maps testify to matters of

---

<sup>9</sup> Finley (1999) enfatiza el punto al inicio de su *Ancient Economy*. De hecho, bien puede relacionarse con la falta de preocupación económica en los textos que tenemos. Es la faceta ‘económica’ (de manejar bienes y recursos por así decirlo) la que lleva a la cuantificación, lo vimos en el caso de Mesopotamia, y de ambas cosas nos falta información en la antigüedad clásica.

<sup>10</sup> Simple en un sentido matemático. Incluso contar a los ciudadanos romanos debe haber sido una operación bastante compleja, sin necesidad de que se preocuparan –como lo hace una oficina contemporánea estadística- de desarrollar diversas estimaciones estadísticas de la población no contada o sub representada.

only temporary interest: they are most useful when new, and outdated ones tend to be discarded, if not destroyed, in favour of a more current version' (Parker, 2002: 98),

Los datos con los que no contaban no corresponden a esas operaciones. Aquellas para las cuales no utilizan números son las que usan esas abstracciones para representar procesos, situaciones o entidades que no son inmediatamente visibles. Cierta cantidad de trigo, cierto número de soldados, cierta cantidad de impuestos pagados no requiere ninguna representación de la capacidad del número para decir otra cosa que cierta cantidad de trigo, cierto número de soldados o cierta cantidad de impuestos pagados. Decir que la tasa de desempleo es del X% (o que la tasa de crecimiento del PGB es de X%) requiere confiar mucho más en la capacidad de los números. Para decirlo de algún modo, las civilizaciones pre-modernas pueden contar con datos sobre su población, pero ninguna de ellas desarrolló la idea de esperanza de vida. De hecho, teniendo que pensar en el tema de los años de vida que quedan –como lo muestra la cita siguiente- de todas formas no formulan un concepto que para nosotros, educados en sociedades con conocimiento estadístico, damos por natural y normal: la idea de esperanza de vida.

“The one Roman document which explicitly refers to survival-rates comes from a Roman legal source, A jurist of the early third century, Aemilius Macer, gives figures for expected survival at particular ages, citing Ulpian as his authority. They represent the factors officially used in grossing up the value of bequeathed life-annuities for legal purposes.

It might readily seem that figures from a legal context should have some official standing. But numerous observations are needed to produce an efficient descriptive life-table, as well as some knowledge of sampling technique. The fact that the Ulpian figure give the same survival-quotient for age-spans of five years or even longer makes it very unlikely that those requirements were satisfied' (Duncan-Jones, 1990: 96)

La cita muestra, por un lado, el alto uso de cifras usados por los Romanos (y muestra todo lo que hemos perdido en términos de los tipos y cantidades de información que estas sociedades disponían). La cuantificación era lo suficientemente avanzada y sofisticada como para pensar en cosas como “survival rates”. Pero el concepto de esperanza de vida se les escapa. Y el autor citado usa esa fuente (y otras pocas) para hacer sus estimaciones. En otras palabras, los romanos estaban plenamente capacitados para hacer operaciones sutiles al contar (en este caso, contar la sobrevivencia de una cohorte), pero otro nivel de operaciones iba más allá de lo que requerían. Una civilización pre-moderna necesita contar asiduamente, pero no requiere ir mucho más allá de contar.

Porque, para ir efectivamente más allá de la mera cuantificación, se requiere, para decirlo de otra forma, de la noción de indicador –por ejemplo que ciertos números (tantas personas respondieron de tal forma en tal cuestionario) pueden decir otras cosas (el desempleo es del X%). Requiere pensar que a partir de ciertos números puedo producir otros (que, digamos, tal y tal cosa en una encuesta de precios me sirve para crear un indicador de producto según la idea del PPP –parity purchasing power). Además se requiere pensar que ciertas realidades pueden representarse por un número; que sus evidencias pueden resumirse en un valor numérico, y en una confianza en todas las operaciones necesarias para lo anterior.

Se requiere de una confianza básica en que la realidad puede, sin distorsión, verse como números. Algo que, por cierto, es parte de la tradición occidental desde hace varios siglos, como el mero hecho del uso de la perspectiva hace notar.

En este sentido, lo que planteamos como específico de las sociedades modernas no es la mera presencia de los números, sino el desarrollo de una relación especial con el número (o si se quiere, de un número especial): del número como índice. De un número que permite representar otras realidades, que permite reducir información de diversos factores y elementos a un solo número, y estimar que en esa reducción (por más que se reconozcan las pérdidas) todavía se tiene lo esencial, que permite percibir la realidad de dimensiones que no son directamente observables. En otras palabras, con todos los usos sociales de los números que van más allá de contar (y las operaciones esenciales), que requieren pensar que con un número puedo mostrar otras realidades (latentes, subyacentes, complejas etc.)

Los índices sintéticos se estructuran la mayoría de las veces a partir de la previa disposición de datos secundarios respecto de los cuales se realizan unas determinadas operaciones. -En consecuencia en la elaboración índices sintéticos se trata de reordenar y resignificar datos en función de un marco teórico y metodológico nuevo, que obedece al fenómeno complejo que se pretende describir o analizar con objetivos específicos que son distintos de los objetivos que se tuvo en cuenta para la producción o levantamiento de dichos datos. Se trata más bien de dar nuevo sentido a las estadísticas corrientemente en uso que cobra nueva potencia al ser puestas en contexto de una medición de indicadores sociales más amplia.

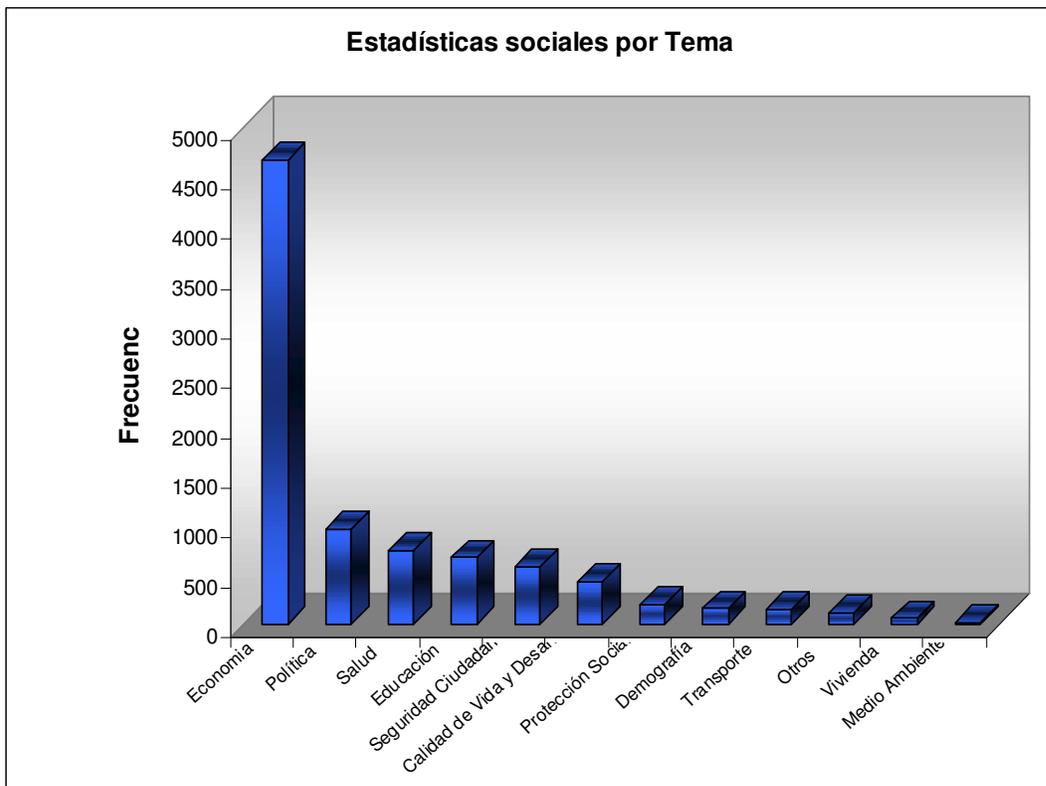
En otras palabras, darle el estatus de índice a una estadística cualquiera implica asignarle a ese número la calidad de guía; de evaluador; de mirada resumen de un proceso mucho mayor del cual este es sólo una manifestación externa.

Ahora, las sociedades contemporáneas no sólo se diferencian por el tipo especial de uso de los números en que se embarcan profundamente. También cambia el lugar de uso de los números. Prácticamente todos los ejemplos que dimos de uso continuo y crucial de información numérica en sociedades históricas se refieren a usos por parte de organizaciones (el Estado o una organización comercial). Lo que no tenemos es uno de los usos más notorios en las sociedades modernas: el uso del número en las discusiones de la opinión pública. Entre otros motivos, ya lo veremos más adelante debido a las transformaciones de la esfera pública *per se*, la que escasamente se puede decir existía en la mayor parte de las sociedades tradicionales.

Si se revisan los medios de comunicación masiva y la prensa, se puede observar una presencia muy clara y relevante de cifras: Los más diversos aspectos de la realidad social se discuten, se presentan y se evalúan en torno a ciertas cifras. La agenda de los medios de comunicación, en parte, se mueve en torno a presentaciones de nuevos números. El ya perfeccionado ritual de las notas de los medios ante cada nueva cifra del IVA o del IMACEC, por ejemplo. O el hecho, que nuestro ejemplo anterior muestra con claridad, que estas cifras tienen una presencia tan importante y tan recurrente que tienen un nombre para ellos, y las siglas son ya bastante conocidas.

Una rápida mirada a algunos datos disponibles pueden ayudarnos, aunque sea de un modo más bien “impresionista” a fundar la plausibilidad de esta apreciación general:

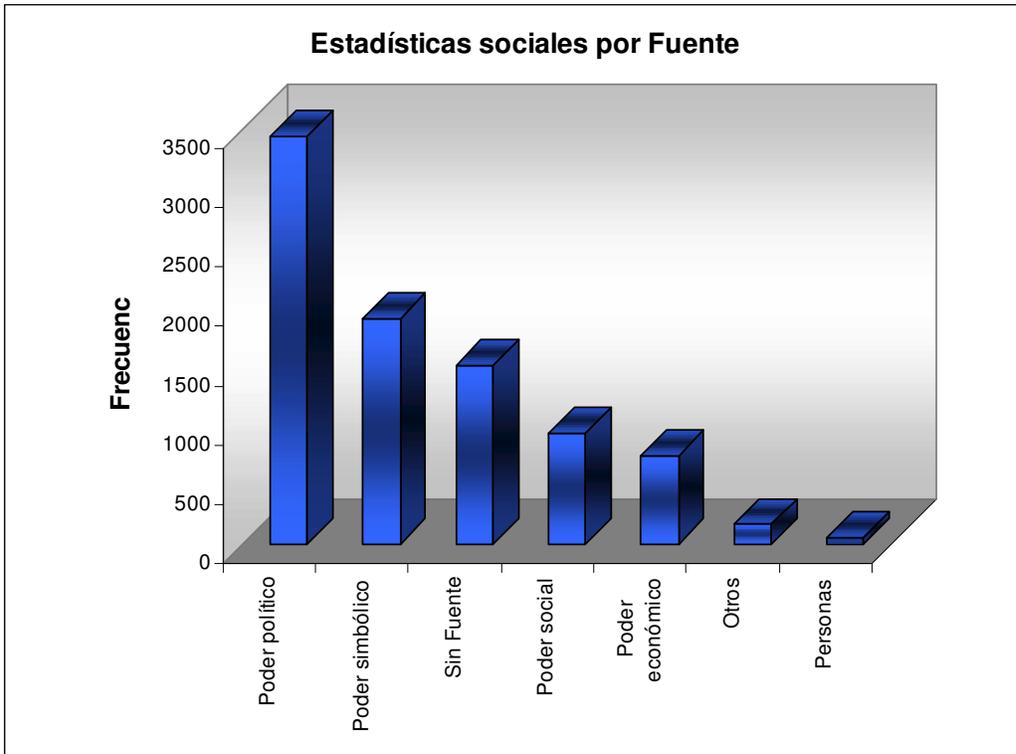
Del análisis del contenido de la información publicada en el Diario el Mercurio de Santiago durante el año 2004 (un total de 358 ediciones, descontando diarios perdidos y fechas en que este no circula) se obtiene el siguiente panorama: Se consignó un total de 8763 referencias a datos estadísticos de diverso tipo, lo cual representa un promedio aproximado de 25 referencias por día y 730 referencias por mes. De ellos, un porcentaje altísimo se refiere a datos de tipo económico mientras que los ámbitos político y de la salud le siguen en importancia.



**Fuente:** elaboración propia sobre revisión de noticias de El Mercurio. Rodrigo Márquez 2006.

Una aproximación a la valoración que se hace del uso de estadísticas en los debates de mayor connotación pública puede derivarse de su importante presencia en las primeras páginas del diario (594 referencias en todo el período, 11,4 por semana) y sobre todo en su uso como materia de análisis en las páginas editoriales con un total de 724 menciones que representa aproximadamente un promedio de 13,9 referencias semanales. (Por cierto faltaría por determinar sobre la base de un examen cualitativo de esta información, cuántos de esos números son verdaderamente “índices” en el sentido expuesto más arriba)

Junto a lo anterior, se observa una enorme cantidad de fuentes emisoras o comentaristas de esas estadísticas. Al clasificar estas fuentes (siguiendo la clasificación de la elite chilena elaborada por el PNUD en 2004) se reafirma el importante uso que hacen de las estadísticas los actores del ámbito del poder político, seguidos por los actores del llamado ámbito del poder simbólico, es decir universidades, centros de pensamiento y medios de comunicación, ámbito que como se verá más adelante juega un rol central en el fenómeno que analizamos. Llama también la atención la importante cantidad de referencias estadísticas que no señalan fuente alguna, lo cual puede asociarse a una suerte de rutinización e institucionalización del uso de ciertos indicadores.



**Fuente:** elaboración propia sobre revisión de noticias de El Mercurio. Rodrigo Márquez 2006.

En nuestra opinión, estos datos al menos avalan la premisa básica con la que iniciamos este estudio en relación con la presencia masiva de las estadísticas en el debate público. Ahora bien, alguien podría decir que lo anterior es sencillamente una peculiaridad de los medios masivos, pero ¿qué tiene que ver eso con la opinión pública? Pero sólo una visión de la opinión pública que la reduce a las opiniones que manejan las personas no podría ver la inmediata relevancia de cómo se habla de los temas públicos en la prensa.

En la vieja, pero influyente, discusión de Habermas (1994) la opinión pública se define como una esfera en que se discute de temas públicos, una esfera de comunicación libre donde no hay coacciones externas.

La imagen clásica, en la versión del siglo XVIII de la opinión pública, donde Habermas visualiza el origen de este fenómeno, es la discusión en cafés. Pero el texto de Habermas prontamente discute también la función de la prensa, de la prensa como una forma de crear efectivamente una discusión pública (una discusión hacia el público). Puede que los modernos medios de comunicación representen una versión bastarda de opinión pública, pero en las sociedades contemporáneas donde buena parte de la información y comunicación social pasa a través de esos medios, claramente la opinión pública no puede pensarse de manera separada a los medios. Al fin y al cabo, Luhmann ha llegado a pensar, o al menos bien se puede plantear que esa es su pretensión, que la opinión pública son los medios. El uso cotidiano de opinión pública (sobre lo que piensa y le preocupa) es, en verdad, difícil de diferenciar de lo que aparece en los medios de comunicación.

Por lo tanto, podemos decir que además de un tipo de uso distinto, las sociedades modernas se caracterizan por un lugar de uso distinto de los números y las cifras: Por su uso en la discusión pública. El hecho que la discusión pública esté repleta de cifras, y especialmente de estadísticas, indicadores y otras fuentes numéricas complejas es una característica claramente distintiva de las sociedades actuales. Por ejemplo, resultaba perfectamente posible en el siglo XVIII o en el siglo XIX discutir sobre el estado de la sociedad, sin centrarse en presentaciones estadísticas. O si se presentaban números, hacerlo en términos solamente de operaciones contables. Pero el uso de los números en la discusión pública contemporánea va más allá de lo anterior.

Entonces, terminando esta digresión podemos decir que lo que nos interesa no es solamente el uso del número, nos interesa un uso específico de los números: Del uso de los números como indicadores y como representación de la realidad. Nos interesa, precisamente, el uso de la cuantificación que va más allá del hecho de contar cosas.

Quizás sea necesario, en este punto, ejemplificar la distinción en el caso del PGB. Previo al desarrollo del PGB las personas estaban en condiciones de contar diversos elementos para mostrar la riqueza de un país (hablar de determinados niveles de producción o de la cantidad de dinero circulante, ambas cosas ya eran perfectamente posibles en el siglo XVIII). Ahora, esas operaciones son, básicamente, operaciones contables. Se cuenta (o se hace una estimación sobre la cuenta) el valor que nos interesa. Pero la idea de PGB va mucho más allá de eso. En principio, el PGB no es más que (contar) todos los bienes y servicios producidos y multiplicarlos por su precio. Pero la tarea de, por una parte, establecer los precios y, por otra parte, establecer qué cuenta como bien y servicio (y qué cuenta como ahorro, qué como inversión, qué como gasto), cómo se relacionan los bienes intermedios y finales, son todas ellas operaciones que van más allá del mero hecho de contar. El desarrollo del PGB por Kuznets en los '30 implicó toda una serie de operaciones. Y lo que implicó, en última instancia, fue la consolidación de la confianza en que todas las múltiples operaciones necesarias seguían indicando una realidad, una realidad que no era

posible encontrar de manera directa, que no se podía observar<sup>11</sup>. Este proceso se profundiza aún más con el posterior uso de las cifras del PGB per cápita como un indicador de bienestar de una sociedad lo cual implicó un peldaño más en el camino de la asignación de connotaciones teóricas y conceptuales a un número, el cual se pretende transformar en un indicador ahora de una realidad distinta y más compleja que la meramente productiva y económica.

En otras palabras, mientras el número siempre ha sido una parte esencial de las sociedades históricas, la sociedad moderna se distingue por el tipo de número específico que agrega a la sociedad. El tema entonces no es la cuantificación *per se*, sino el tipo de número usado. Todas las sociedades tienen números, todas ellas cuentan; lo que no tienen todas ellas, lo que sí aparece como una característica particular de las sociedades modernas es el número como indicador. Del número como representante de otra realidad, no directamente observable, pero que requiere de ser vista como número para poder ser objetivable. Lo interesante, que vamos a discutir en mayor detalle más adelante, es que cuando el indicador ostenta gran validez, cuando el indicador y la realidad pasan a confundirse, entonces podemos volver a sencillamente contar: Y entonces pasamos a contar pobres: La pobreza ha pasado de ser algo que requiere indicadores –porque es un fenómeno complejo y variado que es difícil determinar a primera vista-, a algo que vuelve al mundo de lo contable: Al mundo de las personas y de los trozos de tela.

---

<sup>11</sup> Al menos observar numéricamente. En principio, el que una sociedad es próspera puede observarse directamente. Lo que no se puede hacer sin desarrollar un complejo conjunto de operaciones estadística, es darle un número a esa prosperidad.

Dicho de otro modo y para responder a nuestra pregunta acerca de la especificidad de la cuantificación en las sociedades contemporáneas: Es el uso del número como indicador, y el uso del número en la discusión pública lo que caracteriza y diferencia a la sociedad actual.

Recordando ahora nuestras palabras iniciales, diremos que la preocupación por el uso ‘práctico’ de los números queda fuera no porque no nos parezca relevante, sino porque no identifica el fenómeno específicamente contemporáneo. Discutir en la arena pública con indicadores es lo que parece ser esencialmente ‘moderno’. Y lo que vamos a querer explicar ahora, una vez identificado el fenómeno, es ¿a qué se debe? ¿de dónde proviene este fenómeno? ¿Qué impacto tiene este fenómeno en una sociedad?

Tenemos entonces un fenómeno a explicar. Podemos ver ahora que este fenómeno no ocurre en por una parte en a) el campo científico (ocurre en la sociedad) y b) no es algo reducible a temas puramente ideológicos (queremos saber qué es lo que ocurre en la práctica de la discusión de la opinión pública). Ahora ¿Por qué debiera ser relevante para la disciplina estudiar ese fenómeno? Es lo que vamos a intentar defender en los próximos capítulos.

### **Capítulo III. El desarrollo de la cuantificación en las sociedades modernas.**

En el capítulo anterior, nuestro principal argumento fue que las sociedades modernas se caracterizan no tanto por el uso masivo de números, sino por el uso masivo de un tipo particular de números (o por un uso específico de los números). Y concluimos que necesitábamos mostrar porque este fenómeno, aparte de parecernos interesante a nosotros, podría ser de interés para la disciplina.

Lo que vamos a hacer en este capítulo es una defensa de esa pertinencia de forma histórica. Para decirlo de otra forma, en el capítulo anterior mostramos que la cuantificación moderna es distinta a la de otras sociedades. Lo que vamos a hacer ahora es mostrar que la cuantificación (o ese tipo particular de cuantificación) es parte esencial de la modernidad. Y vamos a intentar mostrar lo anterior con un argumento histórico.

Entonces, nuestra siguiente tarea es esbozar un argumento sobre el desarrollo de la cuantificación en estas sociedades. Y, en particular, que muestre lo cuantitativo de la modernidad.

Alfred Crosby (1997) recientemente ha analizado el proceso de cuantificación al principio de la época moderna en Europa. En cierto sentido, dado que se dedica a analizar el desarrollo de la cuantificación previo al nacimiento de la estadística moderna, algo así como la pre-historia de la cuantificación moderna. Y, como el lector sagaz ya habrá adivinado, lo que él defiende es –precisamente- la centralidad de la cuantificación para la modernidad.

Su principal argumento es el carácter distintivo de la relación de la civilización europea moderna con el número. Usando una pintura de Brueghel como ejemplo inicial, nos dice que “many of the people in Bruegel’s picture are engaged in one way or another in visualizing the stuff or reality as aggregates of uniform units, as quanta: leagues, miles, degrees of angles, letters, guldens, hours, minutes, musical notes. The West was making up its mind (most of its mind, at least) to treat the universe in terms of quanta uniform in one or more characteristics, quanta that are often thought of as arranged in lines, squares, circles, and other symmetrical forms: music staves, platoons, ledger columns, planetary orbits” (Crosby, 1997: 10). En otras palabras, todo puede ser medido –y medido en una forma estandarizada y matemática. “The West’s distinctive intellectual accomplishment was to bring mathematics and measurement together and to hold them to the task of making sense of a sensorially perceivable reality, which Westerners, in a flying leap of faith, assumed was temporally and spatially uniform and therefore susceptible to such examination” (Crosby, 1997: 17). En ese sentido, y siguiendo nuestro argumento de la sección anterior, lo distintivo de la modernidad (del Occidente en la versión de Crosby) no es el uso de la medición como tal, sino un tipo de medición basado en matemáticas y en la uniformidad: Que el mundo puede ser entendido en términos matemáticos y medido y pensado y percibido en torno a ello.

Hay que mencionar que el libro de Crosby -que desarrolla este tema desde la cuantificación y matematización del espacio, a la pintura, la música y otros elementos- no desarrolla propiamente una teoría causal. Por una parte señala como ‘causas necesarias pero insuficientes’: “We shall discuss in this chapter the oxygen and the combustibles, that is, the rise of commerce and the state, the revival of learning and other developments that are

necessary but insufficient to explain the increase in quantificational thinking in the West during the Middle Ages and the Renaissance” (Crosby 1997: 50). Pero, como él mismo Crosby lo menciona, esos fenómenos han ocurrido en diversas partes sin que suceda el mismo correlato. Lo que Crosby pone como causa general es el proceso de visualización: una preferencia de la civilización occidental por una relación visual con el mundo. Eso es lo que explicaría este fenómeno de cuantificación. Pero quizás esta respuesta no sea suficiente. Hablar de visualización parece otra forma de describir el fenómeno.

“Jump a century and half forward from Froissart and look again at Bruegel’s *Temperance*. Notice that everything that humans depicted are actually doing (with the exception of the debaters at center right and the actors in the upper left corner) –measuring, reading, calculating, painting, singing- is visual. Even the singers are reading, reading in order to know what sounds they must make for the delectation of the ear.

The shift to the visual is the striking of the match that we did not locate among the necessary but insufficient causes of the late medieval and Renaissance surge of quantification cited before. There is evidence for it at the loftiest peaks of high culture.

For example, Marsilio Ficino, the quattrocentist aesthete, wrote; ‘Nothing reveals the nature of the Good more fully than the light, and called it, in one of the most striking metaphors of the Renaissance, the shadow of God” (Crosby, 1997: 132)

Pero el argumento, aunque parece correcto, no es tanto una causa como una nueva forma de hablar de esta cuantificación. Al fin y al cabo, incluso si lo aceptamos como una causa seguimos teniendo como pregunta, ¿y que causó este movimiento hacia la visualización?

Puede aceptarse la idea que la cuantificación es parte de un movimiento más amplio de la mentalidad europea, pero de todas formas requerimos analizar las razones de ese movimiento más amplio.

Y, por cierto, de todas formas aparecen dudas con respecto a este movimiento. Pensemos en el ejemplo de la música que nos da Crosby: una música cuantificada en que la notación se basa en signos que son múltiplos unos de los otros. Bien pudiera ser un ejemplo dramático de la cuantificación moderna. Y de la visualización: “Machaut’s *Ma fin est mon commencement* is one of his rondeaux, which, Robert Craft writes, both demand our respect and are, in truth, too sophisticated for us. It has three voices. Two of the three have the same melody, one in forward motion and the other in retrograde, that is, one from A to Z, so to speak, and the other, simultaneously, from Z to A. The third voice, which has its own melody, reverses direction halfway through (goes from its A to its M and back to A). No ear can fully comprehend such complexity in time, only the eye” (Crosby, 1997: 163). Lo primero es que, de hecho, el movimiento musical luego de estas complejidades –visuales no aurales- es hacia su eliminación: La nueva práctica en el Renacimiento Italiano es la búsqueda de una música sencilla y audible.

Incluso en los momentos más complejos de la evolución musical posterior no se alcanza nada parecido (hasta Schonberg probablemente a principios del siglo XX). Pero sin esa complejidad que solo puede verse, no escucharse, todo lo que tenemos es una forma de escritura, una forma de registro de la música. Pero, *per se*, el desarrollo de una forma de registro, no implica cuantificación –que es el fenómeno que estamos intentando explicar al fin y al cabo. Que el lenguaje se escriba no implicó una cuantificación, ni tampoco que

pensemos –finalmente- en el lenguaje como un fenómeno visual. Lo mismo sucede, o se puede pensar que sucede, cuando otro fenómeno pasa a tener una forma de registro, un script.

Pero sin embargo, esa crítica es insuficiente. El desarrollo de la notación musical durante la modernidad no es cualquier desarrollo de script. Un aspecto central ha sido el desarrollo de notaciones más precisas con relación al tiempo. Las notas (blancas, negras, corcheas) procedieron a especificarse más, y recordemos que todas están en relación estricta unas con otras (una dura el doble en tiempo de la siguiente). O el desarrollo de indicaciones de volumen (de fff a ppp por ejemplo). Si bien ninguna de ellas es estrictamente numérica, todas ellas van en la dirección de cuantificar (de más o menos).

Quizás sea interesante recordar que el tiempo es otro de los fenómenos donde el proceso de cuantificación aparece como muy relevante, pero al parecer nos encontramos con dificultades similares. “The concept of time that Europeans held was in at least one way crucially similar to ours. The majority of humans –Greek Platonists, Navajos, Hindus, Maya- believed that the patterns of time in its larger dimensions were like the patterns right before use –the round of seasons, the wheeling of the heavens, and so on.

They believed in cyclical time and did not worry about it unspooling to the very end. Western Europeans also acknowledged the cycles of life because the years are undeniable a repetitive round of seasons, every sunset has been thus far matched with a dawn and so on. In addition, they believed that the Old Testament in its details prefigured the New Testament. But because they were Christians they could not embrace exclusively. God had

sacralized the concept of linear time by stepping into time in order to provide humanity with the possibility of Salvation” (Crosby, 1997: 35).

Es un relato relativamente común sobre las percepciones del tiempo. Pero es un relato incorrecto. Al fin y al cabo, los Chinos –que contaban tradicionalmente con sus años con eras que parten arbitrariamente- no siguen un patrón cíclico: Un emperador puede partir, digamos, la Era de la Buena Cosecha cuando desee y los años se numerarán como Buena Cosecha 1 y Buena Cosecha 2 y así sucesivamente (los nombres de las eras chinas eran tradicionalmente auspiciosos: *Jianzhongjingguo* que significa establecer una feliz vía media y limpiar el país) hasta que el emperador (el mismo u otro) decida iniciar una nueva era. En Japón se sigue una idea similar: El sistema, desde el período Meiji, funciona con todo emperador que crea una nueva era cuando asume el trono, la que dura hasta su muerte. De hecho un emperador es conocido tras su muerte por el nombre de su era (y así el emperador Meiji es conocido por el nombre de su era –que significaba gobierno ilustrado- falta aceptar este cambio, su nombre personal era Mutsuhito, e Hirohito deberá ser nombrado ahora como el emperador Showa, su nombre de era). Estos sistemas son plenamente lineales –al interior de la era y entre eras: a un año le sigue el otro, a una era le sigue la otra, sin pretensión que las eras deban ‘volver’.

La civilización greco-romana tenía sistemas similares: O databan por olimpiadas o desde el nacimiento de la ciudad (las fechas más tempranas de las que ellos tenían necesidad) o por el nombre de su autoridad (arcontes, cónsules: este es el año cuando X fue cónsul). Nuevamente, el sistema es puramente lineal.

Y de hecho, incluso pensando en el sistema Maya, bien puede defenderse su carácter lineal. El ciclo de los Mayas –el de la cuenta larga- es lo suficientemente grande para que todas las fechas históricas, todas las fechas que a los Mayas les interesaba registrar, cayeran dentro de un solo ciclo. O sea, todo podía fecharse linealmente sin problemas. Tiene características similares a un sistema que Crosby cita como parte de este tiempo moderno: El intento de Scaliger para desarrollar la era juliana, un periodo de 7.980 años: “He wanted a period long enough to include all recorded events in a system in which the three cycles could be precisely correlated” (Crosby, 1997: 91) La duración y el hecho que todo los eventos históricos quedaran en un solo ciclo (aunque en el caso de Scaliger lamentablemente se encontraron eventos previos al inicio de su periodo) vuelven al sistema bastante similar al Maya. Por lo que, si uno es una muestra del pensamiento temporal lineal moderno, el otro también debiera serlo. Y en última instancia, los ciclos Mayas están a su vez numerados, así que uno sigue al otro.

El problema con la discusión de Crosby es una confusión entre las concepciones generales sobre el tiempo (que usualmente son cíclicas, incluso en varios de los ejemplos ya mencionados –como los griegos) y los sistemas para fechar usando el calendario. Porque estos últimos suelen ser lineales. Y esto por la sencilla razón que las organizaciones requieren ubicar los sucesos en una línea temporal para poder registrarlos (o quizás, el hecho de registrarlos los termina ubicando en una línea temporal). Volviendo a los mayas – donde todas sus estelas mostrando los grandes hechos de un rey están precisamente datadas- se requiere saber que paso antes y que paso después: Que tal rey vino antes de este otro, que fue en tal rey (de gloriosa memoria) donde se tomaron tantos prisioneros. El

mundo cíclico no es suficiente para esos propósitos, y habitualmente no se los usa con esos fines.

Y sin embargo, el énfasis sobre el calendario y sobre el carácter lineal o cíclico de la noción de tiempo no parece ser el aspecto central. Ya sea lineal o cíclico, el tiempo moderno –y en esto se diferencia claramente Occidente de otras tradiciones- es medible y cuantificable. Adam (1990) ha desarrollado un importante argumento sobre como se piensa de modo diferente el tiempo en la modernidad: un tiempo uniforme, estandarizado, medible (que es lo que, recordemos el ejemplo dado de la música, se intenta lograr en diversos ámbitos). Básicamente, sólo en la modernidad el tiempo se mide en términos de relojes precisos, y se puede proceder a contar y a especificar los tiempos específicos de las actividades. El aumento notorio del uso de relojes en la Inglaterra del siglo XVIII (que llega incluso a las clases más bajas) es un buen indicador de lo avanzado de la cuantificación del tiempo<sup>12</sup>. Y el ejemplo de la cuantificación del tiempo nos muestra que la distinción entre lineal y cíclico no es tan central. El tiempo diario es cíclico (24 horas que se repiten día tras día) pero fue la cuantificación del día lo que es característico de Occidente: el que pudiera establecer en términos de minutos cuando se hizo X, cuanto duro X.

Este par de observaciones sobre el texto de Crosby no afectan su tesis básica de la especificidad de la cuantificación (de la pantometría para usar el título de uno de sus capítulos), de hecho lo que muestran es que no siempre Crosby está mirando la cuantificación donde debiera hacerlo. Sino que el intento de explicación –por el camino de

la visualización- no parece ser un camino muy fructífero. Es cierto que la visualización ‘matematizada’ es una característica del Occidente –donde sino se podrían encontrar pinturas que permitan recrear el ‘floor-plan’ de las habitaciones (como el ejemplo usado por Crosby de la Flagelación de Cristo de Piero della Francesca, pp 192-197). Pero que ese fenómeno sirva para explicar en general el movimiento cuantificador parece mucho menos claro.

Sin embargo, hay otras explicaciones posibles –que parece más plausible-. Aunque en su análisis no se centra en el tema de la cuantificación, Peter Burke en su examen sobre la Historia Social del Conocimiento concluye su análisis mostrando la importante crisis del pensamiento europeo en el siglo XVII sobre el tema de la fiabilidad: ¿Cómo obtener un conocimiento válido? Y Burke nos plantea dos métodos –el geométrico de Descartes y el empirismo (Burke, 2002: 263-268) Y ambas soluciones, uno puede hacer notar, tienen cercanías importantes con el fenómeno de la cuantificación. Ahora, de donde proviene esa preocupación por la fiabilidad, es una pregunta que podemos dejar, por ahora, sin desarrollar. Lo que nos interesa es hacer ver que el desarrollo de la cuantificación en Occidente puede explicarse, quizás, de muchas maneras.

Lo que resulta claro y evidente es que ese proceso ha sido central en el desarrollo de esas sociedades. Finalmente, lo que uno puede concluir de Crosby, es el hecho que no hay aspecto de la vida social que no haya sido tocado por la cuantificación en las sociedades occidentales y en la modernidad. Y por tanto, que el estudiar el carácter específico de la

---

<sup>12</sup> Y que es algo específicamente occidental. Los instrumentos (incluyendo relojes) fueron de las pocas cosas que parecieron interesantes de Europa a los emperadores chinos cuando los misioneros jesuitas arribaron a

cuantificación en dichas sociedades –nuestra hipótesis de su carácter de indicador público- si merece ser analizado.

Ahora, con lo que hemos discutido hasta ahora tenemos un argumento –plausible- de la centralidad de la cuantificación. Pero seguimos teniendo un problema: el argumento de Crosby finaliza en el siglo XVII. Necesitamos seguirlo hacia más adelante.

En cualquier caso, lo que tenemos –incluso antes del desarrollo de la estadística moderna- es una sociedad con una presencia importante de los números. Lo que nos queda, entonces, es examinar la evidencia con respecto al desarrollo de la estadística. A este respecto existe una larga literatura, de gran interés, pero tiene un problema relevante: Que para nuestros propósitos no parece tener una utilidad muy alta. ‘The reintroduction of statistical reasoning as a mode of abstraction into a more general social or political history poses a particular problem, for this technique has become virtually synonymous with proof, with almost uncontested standards of reference. The mental reversal in paying attention to the metamorphoses of statistical argument is almost as difficult for researchers as it is for ordinary citizens, henceforth accustomed to grasp the social world through a dense network of indices and percentages. Both the scientific and social debate have been expressed in a language that is now established’ (Desrosieres 1998: 324).

En otras palabras, el esfuerzo de la historia de la estadística es mostrar que no se puede entender la estadística sin hacer referencia al desarrollo social. Y eso es, como nos plantea Desrosieres, una tarea asaz compleja. El único problema es que, en realidad, decir que no se

---

Pekín. Eso era lo que no tenían (Pomerantz 2000)

puede entender el desarrollo de la estadística sin hacer referencia a debates sociales es, para un sociólogo, un tema más bien dado –digamos un postulado de la profesión. Independiente de lo que pensemos del programa fuerte, la idea base que el conocimiento puede estudiarse socialmente es parte del background general de la disciplina. Y, en particular, no corresponde a lo que nos interesa centralmente en nuestro estudio, que es realizar el camino desde el conocimiento a la sociedad.

Pero, incluso asumiendo que estas discusiones no son centrales para nuestra tesis, sigue siendo de interés analizarlas. En última instancia, es la literatura que existe para este tema. ‘The initial summaries of the situations of those four countries [Inglaterra, Francia, Alemania, EE.UU] between 1830 and 1940 shows that a comparison of international systems of statistical description cannot be limited to institutions of official statistics, on account of the differences between their relative importance, means, administrative strengths, and specially, their objectives. What is needed is a more complete institutional and sociological table of the places where statistical knowledge was being developed’ (Desrosieres 1998: 150). La historia de la estadística no puede entenderse fuera de un contexto social que, por ejemplo, al operar en un estado muy centralizado como lo era Francia con el conocimiento experto centrado e interno a la administración, o en un contexto alemán donde ocurre simultáneamente al proceso de construcción de un estado nacional, produce diferentes clases de estadísticas. Pero, como ya lo dijimos, para la sociología eso es lo que cabría esperar.

Ahora, claramente, eso no es parte de los postulados de otras disciplinas –que es lo que explica y requiere la literatura al respecto. Pero lo hace menos central al esfuerzo de esta tesis, que tiene que partir desde el punto al que esa literatura llega: la relación entre estadística y sociedad. Pensemos, por ejemplo, cómo Gerber resume la discusión sobre la representatividad: ‘En el desarrollo que hemos descrito se puede constatar lo que se ha venido planteando a lo largo de este ensayo: existen aspectos sociales que impulsan la aparición y aplicación de ciertas técnicas en ciertos momentos. En el caso del muestreo se concluye esto con respecto a dos temas: primero, que si bien las herramientas matemáticas existían hace mucho tiempo, éstas sólo se empezaron a utilizar cuando existió, por un lado, el cambio epistemológico necesario para ser entendidas en el sentido de las muestras y, por el otro, cuando existió una necesidad de hacer estudios con una mayor extensión territorial. Segundo, que en el caso del muestreo, el desarrollo matemático fue, en gran parte, posterior a su aplicación, esto es, primero se planteó la necesidad de hacer un muestreo y luego se tomaron los desarrollos estadísticos ya existentes y se crearon nuevos, especialmente en lo que respecta al diseño de muestreos probabilísticos, específicamente en cuanto al muestreo estratificado de Neyman. De esta manera, se vuelve a constatar que las técnicas y su aplicación van apareciendo según ciertas necesidades que incitan a su desarrollo. En este caso, se conjugaron factores histórico-políticos con epistemológicos’ (Gerber, 2004: 25-26).

O pensemos como Goldthorpe (1981) nos plantea como la sociología de Durkheim esta en las antípodas del pensamiento probabilístico de la estadística contemporánea. Que una

disciplina que se hubiera basado en esos planteamientos no hubiera tenido ningún uso para esas herramientas<sup>13</sup>.

‘Burt of surely greater significance was the further Comtean insistence on determinism that runs through *Suicide* and makes it –received opinion notwithstanding- in most respects a profoundly *anti*-statistical work.

Thus, contrary to appearances, the method in which Durkheim chiefly relies in analyzing the connection between rates of suicide in different populations and other of their characteristics is not statistical at all but rather a logical procedure designed to establish relations of a quite deterministic kind: that is, John Stuart Mill’s method of ‘concomitant variation’’ (Goldthorpe 1981: 270)<sup>14</sup>.

Aunque Goldthorpe (1981: 291-292) niega que la falta de uso de las herramientas del probabilismo se deban a factores institucionales, su examen si muestra que el uso de la estadística no es algo pre-ordenado, que provenga de un movimiento natural de la ciencia: Dependió de debates específicos, que bien pudieran haberse dado de otro modo.

Y ese es el mensaje esencial del texto de Desrosieres (1998), quizás el texto más importante a este respecto. Pero el texto de Desrosieres por un lado intenta decirnos que la estadística es, en parte, una construcción social. Y por otra parte intenta mediar en el debate entre

---

<sup>13</sup> De hecho, la pregunta de Goldthorpe es por qué una sociología basada en el probabilismo se demoró tanto en aparecer. Pero la pregunta tiene el problema que hace pensar en que lo natural hubiera sido que apareciera y lo raro es que no apareciera antes. Creemos que es mejor pensar incluso en la posibilidad que esas herramientas nunca hubieran sido seleccionadas por parte de la disciplina.

objetivistas y realistas (Desrosieres 1998: 9-12) Y ambas preocupaciones lo alejan de nuestras preocupaciones. Es cierto que ‘On the one hand, they will specify that the measurement depends on conventions concerning the definition of the object and encoding procedures. But on the other hand, they will add that their measurement reflects a reality. The paradox is that although these two statements are incompatible, it is nonetheless impossible to give a different answer’ (Desrosieres 1998: 12). Pero, como ya lo hemos dicho, aunque se puedan compartir esas reflexiones, ellas se alejan más bien del objeto de la tesis.

Centrada como esta esa literatura en probar lo que para los sociólogos no requiere prueba, sino que es uno de los supuestos de la disciplina- aunque repetimos, en otros contextos disciplinarios sí lo requiere- su examen no nos responde a la pregunta básica que queremos determinar. No queremos defender que hay un proceso social en la estadística, sino lo que queremos examinar es ¿qué tipo de procesos sociales hay detrás del avance del número en la sociedad moderna? Tampoco queremos analizar que procesos y debates hay detrás de la elección de tal o cual medida estadística (como por ejemplo, desarrolla Desrosieres en torno a la correlación), dado que no nos interesa mayormente el campo científico como tal, sino ¿cómo se introduce en el debate social el número?

Y sin embargo, al menos estos textos, si nos sirven para mostrar como continua el argumento de Crosby en los siguientes siglos. En última instancia, sí nos muestran la importancia y relevancia de la cuantificación en el desarrollo de la modernidad en los siglos XIX y XX.

---

<sup>14</sup> Habría que hacer notar que esas son las ideas que Durkheim desarrolla en *Las Reglas del Método Sociológico*, que claramente siguen en mucho a Mill.

Por una parte, mostrándonos que, para los Estados y sociedades, el desarrollo de información cuantitativa –el nacimiento y desarrollo de la estadística, que no por nada tiene el nombre que tiene- fue esencial. Por otra parte, mostrándonos que para el desarrollo de esas criaturas tan específicamente modernas como las ciencias sociales, la cuantificación las ha acompañado desde el inicio<sup>15</sup>. Y en particular, el examen del desarrollo del conocimiento estadístico nos permite ver el desarrollo de ese tipo de conocimiento particular que es la cuantificación de índices. Es el desarrollo de la estadística lo que ha permitido, a final de cuentas, ir más allá de contar y poder realizar toda una serie de operaciones, de estimaciones y de descripciones.

En resumen, lo que este capítulo ha intentado exponer es que un examen histórico muestra que el desarrollo de la cuantificación ha acompañado de manera importante el desarrollo de la modernidad, al menos en el sentido que la modernidad ha ido de la mano con la cuantificación; y que en las sociedades modernas la cuantificación ha estado presente desde sus inicios y, en cierta manera, es parte del conjunto de diferencias que las sociedades modernas tienen con respecto a otros tipos de sociedades.

Y que, por lo tanto, un examen de la especificidad de la cuantificación moderna parece ser bastante relevante. Y dado que buena parte de la sociología se puede entender como parte del esfuerzo para comprender la modernidad, entonces nuestra tesis está, por así decirlo, a salvo. Parece ser que resulta pertinente y relevante.

---

<sup>15</sup> Al decir esto no queremos decir que las ciencias sociales sean elementos esenciales de la modernidad. Sino que el descubrimiento de la ‘sociedad’, esa esfera que no es lo mismo que el Estado, fue uno de los puntos básicos de la visión que tiene la modernidad del mundo. En ese sentido, las ciencias sociales (la idea de aplicar la ciencia moderna a esta esfera que la modernidad descubre y diferencia) resultan paradigmáticas del proyecto moderno.

## **Capítulo IV. La legitimación de la cuantificación, o de los procesos que llevan al imperio de lo cuantitativo.**

Entonces, habiendo establecido y especificado una tendencia particular en las sociedades contemporáneas, habiendo especificado el carácter de un tipo de conocimiento que las caracteriza singularmente a ellas, y visto como históricamente ha sido parte crucial de la modernidad, lo que cabe hacer es explorar las posibles respuestas a las preguntas claves: ¿Qué es lo que hace que ocurra ese proceso en una sociedad?. Y en segundo lugar, ¿qué es lo que le pasa a una sociedad en que esto sucede? En otras palabras, luego de un largo esfuerzo de fundamentación de la relevancia, lo que queda ahora es explorar las posibles respuestas.

Para responder, o para explorar posibles respuestas a estas preguntas, vamos a examinar la obra de Porter y de Habermas

Theodore Porter (1995) tiene la particularidad de ser uno de los pocos autores dedicados específicamente al tema de la estadística y sociedad que tiene un argumento claramente desarrollado acerca de este proceso. Y en ese sentido opera como puente entre la discusión anterior y la que nos convoca ahora: ¿se puede entender, desde la historia y análisis de la estadística, la importancia específica del conocimiento cuantitativo?

Este autor despliega un argumento bastante claro sobre qué impulsa la continua presencia del análisis estadístico: la apertura a control externo de un ámbito determinado. Mientras un ámbito se desarrolla solamente con el control de los practicantes, las argumentaciones y decisiones podrán legitimarse en torno a juicios. La manera de combinar diversas informaciones y llegar a una decisión se valida en torno a la idea de experiencia y a la acción de sopesar diversos elementos. El punto central de la idea de juicio es que, independiente de su posible defensa objetiva, no responden a la aplicación de una ley general y por lo tanto, no pueden ser predichos fácilmente. Los ‘expertos’ de un área pueden, de hecho, llegar a un consenso argumentado sobre el mejor juicio al respecto, pero la aplicación de ese juicio requiere habilidades, conocimientos y decisiones que no son fácilmente estandarizables. La democracia, nos dice Porter (1995: 200) genera un ámbito de falta de confianza –en estas decisiones de expertos entre otras cosas- que es un caldo de cultivo para cuantificar y objetivar. En un mundo compuesto de *Gesellschaft* se requiere una forma de conocimiento que ‘is genuinely public in character’ (Porter 1995: 231). He ahí la base de la cuantificación.

En otras palabras, no pueden ser controlados por personas que no son parte del cuerpo de expertos. Y en la lucha por obtener cierto grado de control sobre los expertos, entonces se buscan las reglas matemáticas y cuantificables: ‘The Supreme Court ruled against the Occupational Safety and Health Administration (OSHA) in 1980 for relying on expert judgment, when it should have calculated risk levels using mathematical models’ (Porter, 1995: 196) O ‘The 1936 Flood Control Act offers testimony to these forces. Its demand for an analysis of costs and benefits became more rigid as a result of opposition to the Corps of Engineers from certain American industries and especially from other federal agencies’ (Porter, 1995: 198).

Entonces, para Porter la naturaleza del esfuerzo por ‘cuantificar’ el mundo es un esfuerzo por cambiar ese tipo de decisiones, de la naturaleza del conocimiento que legitima una decisión. Agencias externas –sin el conocimiento especializado el campo- requieren controlar esas decisiones, ‘saber a que atenerse’. Y por tanto enfatizan la necesidad de conocimiento estandarizado. La ventaja del número, de un índice, es que permite que las decisiones sean entendidas por agentes externos. Digamos, si un índice arroja un número determinado y existe la regla que si el número es sobre X hay que hacer Y, el agente externo puede entender y criticar. Llegado al caso, puede cambiar la regla (el número crítico ya no es X sino Z).

Los casos que muestra Porter –por ejemplo su discusión sobre contabilidad (2005: 89-113)- muestran con claridad lo anterior. Más importante, lo que permiten observar es que no estamos hablando solamente sobre un asunto de números o no-números: la contabilidad siempre usó números. El tema es la capacidad de generar decisiones. Que estas no solamente sean entendibles por quienes están en capacidad de emitir un juicio experto, sino por personas que conocen poco y nada del área. Hay que mencionar que Porter, en realidad, no es tan consciente de esta distinción. En su discusión tiende a mezclar el tema de la estandarización-eliminación del juicio con el carácter numérico del dato. Por ejemplo, nos dice que algunas disciplinas científicas operan con mayor importancia aspectos de juicio que numéricos –no una aplicación estándar de reglas de aceptación-rechazo de ideas, sino toda una combinación de expectativas, ideas de que puede ser interesante, de que constituye un fallo menor o un problema crítico que corresponden a juicios: ‘Pinch implies that this is universal, that all of science depends on judgments of character and skill.

No doubt he is right. But rarely is informal, personal knowledge so dominant as among the gentlemanly geologists and high-energy physicists. There are ways of making knowledge more rigid, standardized, and objective, and these have gone a long way to reduce the need for personal trust. Mathematics and quantification are of course not uniquely responsible for the increasing uniformity of knowledge, but their contribution has been impressive' (Porter 1995: 223). En otras palabras, objetivación y cuantificación van de la mano y opuestos al juicio. Todo lo cual bien puede ser cierto pero no quita el hecho que, digamos en física, esas discusiones llenas de juicios ('esta idea parece estar bien fundamentada') no le quitan su carácter numérico<sup>16</sup>.

El tema es también la capacidad de defender decisiones. Cuando la decisión se legitima y se explica en función de la aplicación de una regla uniforme y estandarizada, entonces la responsabilidad de la decisión no es de quien la toma. La aplicación de un juicio siempre implica una responsabilidad personal: aun cuando un juicio puede defenderse en términos que no son subjetivos (eso es lo que hacen, a final de cuentas, todos los tribunales cuando sopesan evidencia), no se puede plantear que quien ha tomado la decisión simplemente ha ejecutado una regla externa y que por tanto no se lo puede criticar a él (sino a la regla). La aplicación de reglas numéricas tiene una gran ventaja para quienes ejercen decisiones, les permite eliminar gran parte de los temas de responsabilidad por tomarlas.

---

<sup>16</sup> Por dar cualquier ejemplo. Alan Guth (1998) nos muestra en su presentación de la teoría inflacionaria del origen del universo una descripción de seminarios científicos que plenamente se acomodan a lo que nos dice Porter sobre la importancia del juicio. Pero la operación que realizan en esos seminarios es plenamente matemática, numérica: calcular. Los juicios se aplican sobre los supuestos que son (o no) razonables; de qué cálculos apoyan (o no) ciertas ideas; de qué simplificaciones son o no aceptables, pero la operación no deja de ser numérica.

“Faced with the contradictory expectations of the executive, a myriad of congressional committees, and the courts, it is little wonder that they should seek to minimize responsibility by adhering whenever possible to rules” (Porter, 1995: 194)

Ahora, entonces si el tema no es solamente el aspecto numérico de la información, ¿cuál es la relación del argumento porteriano con el resto del texto? En otras palabras, la hipótesis de Porter explica un movimiento hacia cierto tipo de información –estandarizada, ‘objetivable’, que no requiere la aplicación de juicios-, pero ese tipo de información no es equivalente a información numérica.

Y aquí sería bueno quizás recordar algo que ya mencionamos con anterioridad: que lo que tenemos que explicar no es el uso de números, sino un uso particular de un tipo particular de números. No todos los números sirven para los propósitos de Porter. Sólo un tipo particular de ellos sirve: números que pueden tratarse como índices. O sea, dispositivos que permitan hablar de una realidad de manera indirecta (usando números y no una observación directa), que resuman en un solo número una gran cantidad de información diversa, que se asume como lo suficientemente homogénea como para reunirse sin mayores problemas en un solo número que representa toda la información relevante. Un número que puede ser parte, idealmente, de una escala intervalar –para hablar en el lenguaje de la metodología- y puede tratarse de cualquier forma que uno pudiera querer. Los indicadores, en ese sentido, y las reglas de decisión a las que dan origen y que son justificados por ellos, son lo que pueden reemplazar al juicio, que hace fundamentalmente la misma operación: reunir diversa información en una sola declaración (aprueba o desaprueba; fundado o infundado; culpable o inocente) sólo que sin carácter estándar y homogeneizante).

Los números que la modernidad trae, ya lo habíamos mencionado con anterioridad, tienen ese carácter de indicadores. Y es con ello que podemos traer, entonces, aunque modificado, el argumento de Porter a la palestra. El argumento de Porter no es sobre cualquier tipo de objetividad o de carácter numérico, se aplica en realidad a una clase de ellos, la clase que – es el argumento de esta tesis- se ha expandido en las sociedades modernas.

Hay un punto que Porter toca levemente y que resulta de gran importancia, es que los argumentos que desarrolla para el avance del conocimiento numérico (su control por agentes externos) se aplican en cuanto un indicador o regla está en funcionamiento (o institucionalizado), pero no se aplican a la creación de dicho indicador o regla. ‘In short, it requires institutional or personal credibility even to produce impersonal numbers’ (Porter, 1995: 214). Cualquier examen de la creación o desarrollo de un indicador estadístico (desde el PGB hasta los indicadores de desempleo, pasando por el ejemplo de los *standard budgets* en EE.UU) mostrará cuán llenos de aplicaciones de juicios está su creación y elaboración. En ese sentido, la aplicación del juicio de expertos no desaparece en esta nueva estructura, lo que hace es cambiar de lugar: en vez de estar al frente de la decisión y la discusión pasa al trasfondo; y ese es el estatus simbólico del “anexo metodológico” de cualquier informe que presente un dato; este le habla a un público completamente diferente al que es interpelado en el “resumen ejecutivo”; este es un espacio lejano de las primeras luces a donde sólo se espera que lleguen los iniciados que se interesan y son capaces de comprender la bitácoras de juicios y decisiones que han dado vida a una cuantificación. Pero al fin y al cabo, por más aplicación de juicio experto, una vez elaborado un índice, su valor puede ser entendido sin necesidad de entrenamiento particular en el área. Y es eso

precisamente lo que se busca. Si su elaboración requiere otra cosa, es otro tema que no afecta las ventajas que para los agentes externos tiene el crecimiento de la información numérica y de indicadores.

Sin embargo, el argumento de Porter tiene una falta bastante importante en lo que dice relación con el tema de la expansión del conocimiento de indicadores: Su argumento es sobre decisiones y sobre tomadores de decisiones. Pero el uso del conocimiento estadístico es mucho más extendido que su uso por parte de instituciones (o personas) en la toma de decisiones. Algo que es claro en las sociedades modernas es el amplio uso de información numérica, y en particular de los indicadores que hemos mencionado, en la discusión de opinión pública y en los medios. Y eso es algo que sale del ámbito de aplicación del argumento de Porter.

Para explicar ese fenómeno, tenemos que abandonar a Porter y utilizar a otros autores. En ese sentido, con Porter podemos ver algunos de los elementos, pero todavía dejamos de lado otros. Para poder hablar con propiedad de lo que sucede con la cuantificación contemporánea, necesitamos dirigirnos a quienes hablan de la opinión y la esfera pública.

Pero antes de ello, y en primer lugar, necesitamos clarificar el primer punto: que una observación sobre lo que sucede con los medios es una observación sobre opinión pública. Por una parte, uno podría conformarse con citar a Luhmann –para quién la opinión pública es lo que aparece en los medios: ¿Qué otra cosa pudiera ser, dado que en las complejas sociedades modernas no hay otra forma de tener una opinión pública?

Las conversaciones de las personas no podrían ser opinión pública, por el simple hecho que estas no pueden tomarse como parte de una sola discusión. Por su simple número y separación estas corresponden a otro orden que el de la sociedad (digamos, para seguir usando la terminología de Luhmann, el de interacción).

Sin embargo, y aunque el argumento anterior tiene sus virtudes y atractivos, no parece suficiente. Por un lado, estaríamos usando un argumento que no es muy extendido dentro de la comunidad de sociólogos, y en ese sentido no ayudaría demasiado a fundamentar la tesis que queremos defender. Por otro lado, aunque las conversaciones de la población de una sociedad, por su mera ubicuidad y número, no puedan operar como una sola discusión, de todas formas parece que es la relación entre lo que aparece en los medios y lo que aparece en esas discusiones lo que permitiría basar la idea que la opinión pública ('la opinión de la sociedad') tiene alguna relación con lo que aparece en los medios. Como apoyo a esta idea, recuérdese, por ejemplo, que un altísimo porcentaje de personas declara conversar con otros acerca de lo que ve en televisión (PNUD 2002).

Ahora, con ello no queremos entrar en una discusión sobre los efectos de los medios en las personas, ni en las diversas hipótesis e ideas que se han desarrollado al respecto. Lo que vamos a enfatizar es otro tipo de argumento: que los medios son una forma en sí de interacción y que representan una forma específica de hacer público el espacio público (para decirlo de otra forma, vamos a seguir a Thompson , 1995). En sociedades sin medios sólo hay una forma de hacer algo público: se requiere una presentación física en un espacio público –digamos una plaza- y sólo hay una forma de participar en él: estando directamente en ese espacio.

A partir de ahí, la conversación y las relaciones sociales pueden extender ese conocimiento, pero no esa participación. Lo que permiten los medios es precisamente crear una forma distinta de participación en los eventos públicos: leyendo, escuchando o viendo ese medio. De hecho, hay eventos en los que sólo se puede participar (o que están diseñados para que su principal participación sea) a través de los medios: Todas las formas en que las instituciones se ‘dirigen’ a la ‘opinión pública’ –todo el amplio mundo de las declaraciones- se hacen por y a través de los medios. En ese sentido, tenemos una participación en la esfera pública que funciona sólo por la existencia de medios.

Y no es casual que la formación de la esfera pública burguesa que Habermas (1981) enfatiza en sus estudios tenga que ver con el proceso anterior<sup>17</sup>. La esfera pública, una esfera de discusión en que –idealmente- lo importante es el mejor argumento, en que se operaría sin distorsiones de estatus, poder o riqueza, es una esfera que nace y se desarrolla durante el siglo XVIII. ‘La publicidad burguesa puede captarse ante todo como la esfera en la que las personas privadas se reúnen en calidad de público. Pronto se reclaman éstas de la publicidad reglamentada desde arriba, oponiéndola al poder público mismo, para concertar con ella las reglas generales del tráfico en la esfera –básicamente privada, pero públicamente relevante- del tráfico mercantil y del trabajo social. Carece de paradigma –propia e históricamente- el medio de que se valió esa concertación: el raciocinio<sup>18</sup>. En nuestro uso lingüístico conserva esa palabra perfectamente los dos polémicos matices; la llamada a la razón y, al mismo tiempo, su desdeñosa rebaja a funfuñante sutileza’

---

<sup>17</sup> De hecho, el mismo Desrosières –cuando quiere discutir qué implica el desarrollo del razonamiento estadístico que ha analizado en su libro- procede a basarse en Habermas (Desrosières 1998: 324)

(Habermas, 1981: 65). La esfera pública son las personas privadas hablando de lo público usando el raciocinio. La imagen prototípica del argumento habermasiano, de la esfera pública del siglo XVIII, es discusiones entre burgueses en el café. ‘En ese sentido, no es un espacio político, sino ciudadano, civil, del mundo de la vida y no de un determinado sistema o estructura social’ (Boladeras 2001: 53) Ese es el espacio público de la discusión.

Sin embargo, no hay que olvidar que el argumento de Habermas reconoce, al menos, las limitaciones de esta esfera pública burguesa: Una esfera pública sin trabajadores y sin mujeres. Pero el argumento es que el ‘potencial utópico’ de esa esfera pública implica romper con esas limitaciones. Para decirlo en las palabras del prefacio a la edición alemana de 1990: ‘Pero la dialéctica de la publicidad burguesa que determina la construcción del libro delata inmediatamente el punto de vista crítico-ideológico. Los ideales del humanismo burgués marcaron el autoentendimiento de la esfera íntima y de la publicidad, y se articularon en los conceptos clave de la subjetividad y la autorrealización, de la formación racional de la voluntad y de la opinión, así como de la autodeterminación personal y política. Tales ideales han impregnado las instituciones del Estado constitucional de tal manera que también apuntan, como un potencial utópico, más allá de una realidad constitucional que al mismo tiempo los niega. La dinámica del desarrollo histórico también debería vivir de esta tensión entre idea y realidad’ (Habermas 1994: 22). En otras palabras, la esfera pública burguesa limitada –limitada a aquellos con el tiempo y los recursos necesarios para participar finalmente- debido a las dinámicas que produce esa misma esfera

---

<sup>18</sup> Bien puede pensarse casi toda la obra posterior de Habermas como una forma de encontrarle ese paradigma al raciocinio. La Teoría de la Acción Comunicativa, la idea de la situación de habla ideal, tienen como base ‘empírica’ si se quiere, la visión de Habermas sobre la esfera pública burguesa.

pública lleva a su expansión. El uso de un vocabulario y de una auto-representación basada en ideas universalistas tiene sus consecuencias, uno pudiera plantear.

El argumento de Habermas no es sobre el desarrollo de la opinión pública –entendida como el conjunto de las opiniones privadas, digamos lo que aparece en una encuesta-, que bien puede verse como una reducción. Es sobre la esfera pública: una esfera de raciocinio y de discusión. Veamos como Habermas se refiere a uno de los momentos clave del desarrollo de esta esfera pública en el campo de lo político

“En 1792, tres años después del estallido de la Revolución Francesa, el público políticamente raciocinante es indirectamente reconocido en su función de crítica pública por un discurso de Fox ante la Cámara de los Comunes. Por primera vez se habla en el Parlamento de “public opinión” en el estricto sentido de esta locución: “It is certainly right and prudent to consult the public opinion [...] If the public opinion did not happen to square with mine; if, after pointing out to them the danger, they did not see it in the same light with me, or if they conceived that another remedy was preferable to mine, I should consider it as my due to my king, due to my country, due to my honor to retire, that they might pursue the plan which they thought better, by a fit instrument, that is by a man who thought with them [...] but one thing is most clear, that I ought to give the public the means of forming an opinion”. Tan notable como la afirmación es el motivo mismo de ella: Fox está arremetiendo contra Pitt, que en 1791, presionado por la opinión pública organizó de nuevo los preparativos de una guerra contra Rusia. El raciocinio político del público ha llegado a articularse de tal modo que en el umbral del siglo XIX desempeña ya el papel de un permanente comentarista crítico, arrebatando la exclusiva al Parlamento y convirtiéndose

en el interlocutor oficial de los diputados. Fox habla mirando al público, *they*, los sujetos de la “public opinión”, no estarán ya por mucho tiempo excluidos, como *strangers*, de las discusiones parlamentarias. El absolutismo parlamentario se ve obligado a ceder paulatinamente su soberanía” (Habermas, 1981: 102).

En otras palabras, cuando Habermas desea hablar del poder de la opinión pública, de lo que desea hablar es del poder de una discusión pública. El tema de Habermas no son las opiniones sino las discusiones, las conversaciones. La reducción a la ‘opinión’, entendido como algo separado del proceso de discusión y conversación, del raciocinio público, es para Habermas uno de los signos de la decadencia de la esfera pública (ver, por ejemplo Habermas 1981: 265-266). La ‘opinión pública’ contemporánea se desarrolla contra la esfera pública. Al decir, un tanto severo, de Habermas: ‘Las características típicas de los abstencionistas, que los clasifican como el conjunto relativamente peor informado y menos capacitado para la democracia, valen también, con determinados matices, para los portadores del floating vote: independent voters tend to be those who know and care the least. Sin embargo, estos grupos, constituidos por los electores potenciales menos cualificados para participar en el proceso de formación de la opinión pública, son el objetivo primordial de los managers electorales: todos los partidos intentan agotar hasta donde sea posible en su provecho la reserva de los indecisos, y no valiéndose de medios de ilustración, sino adaptándose ellos a la actitud impolítica del consumidor, particularmente extendida en esta capa” (Habermas 1981: 241).

La expansión de la opinión pública ha ido acompañada de una pérdida de la discusión pública. Una esfera pública sin raciocinio. Más adelante, cuando desarrollemos específicamente el tema de la cuantificación, vamos a retomar este proceso, y ver cuál es la relación que una esfera pública llena de números e indicadores tiene en ese proceso.

El punto es que esas discusiones, desde el inicio, estuvieron relacionadas y posibilitadas por la existencia de los medios. Se desarrolla en parte por las comunicaciones dirigidas no a elites cerradas sino al público en general mediante una prensa que en ese siglo estaba naciendo y desarrollándose. La discusión de Habermas sobre el caso inglés de desarrollo de la esfera pública (1981: 94-98), está muy orientada a una discusión del desarrollo de la prensa política –de los períodos más populares, de su tiraje, de sus editores, de sus funciones políticas. Es una tradición que perdura hasta el presente: van Horn Melton hace exactamente lo mismo en una exposición más reciente sobre la esfera pública (Melton, 2001: 27-33)

Más aún, una de las características de la información y la discusión diseminada por los medios es su carácter público: Las discusiones realizadas por las personas en la esfera pública *a lá* Habermas (los burgueses discutiendo como ciudadanos por decirlo de algún modo) son discusiones hechas sobre lo público, por personas que están operando pensando en lo público, pero que si no se hacen a través de los medios serán conocidas sólo por sus participantes y reconocidas como solo conocidas por ellos. En cambio, lo que aparece en los medios tiene rango de “conocimiento público”: no sólo algo que es conocido por ‘todos’, sino que es reconocido como conocido por todos (y así de manera iterada).

Y quizás es esto lo que transforma a los medios en una parte central de lo que es la opinión pública: independiente de cómo afecta a las personas en una sociedad, es lo único que claramente corresponde a información pública que puede ser discutida, y asumida como discutida, por todos en el ámbito de las preocupaciones públicas.

Por lo que podemos ver, entonces, la importancia que tiene que el mismo tipo de conocimiento que hemos visto se expanda en el ámbito de las instituciones y las organizaciones –el conocimiento numérico de indicadores- es el que se expande en el ámbito de la discusión y la esfera pública. Porque, dado que es en la esfera pública donde se juegan las discusiones sobre lo que es legítimo, sobre la dirección (o falta de) de la sociedad, los temas de poder y dominación (¿quién controla y cómo se toman decisiones?) que ya aparecían en la discusión de Porter, vuelven a aparecer en la discusión usando a Habermas.

Porque lo que sucede cuando se expande un tipo de discurso en la esfera pública, cuando ciertos tipos de explicaciones se vuelven más creíbles y otras pierden todo su poder argumentativo, tiene que ver finalmente con asuntos de poder y dominación. La esfera pública idealmente debiese ser una esfera no distorsionada por estos temas, pero en la realidad no es así como sucede. Como el propio argumento de Habermas muestra claramente, y como su posición acerca del declive de la esfera pública en el siglo XX hace más que evidente, la esfera pública no corresponde al ideal.

En ese sentido, la discusión en la esfera pública de los medios, o más precisamente qué tipo de argumentos (y por tanto, qué tipo de proponentes) se aceptan y adquieren dominancia puede analizarse con bastante exactitud usando las herramientas teóricas y técnicas de la idea de campo de Bourdieu. Lo que se observa en estos movimientos de los argumentos en la esfera pública (y sus concomitantes cambios en la esfera organizacional), es una lucha simbólica por la legitimidad.

Antes de continuar con otros temas, es importante recalcar otro aspecto a discutir: Que no todos los indicadores propuestos y realizados alcanzan el mismo nivel de uso y confiabilidad en la discusión pública. Algunos, por ejemplo el IMACEC alcanzan un uso lo suficientemente intenso, y se confía lo suficiente en ellos, como para poder decir que la diferencia entre indicador y realidad tiende a desaparecer. El IMACEC “es” el crecimiento económico del mes y nadie duda de las cifras. Tanto es así que incluso respecto de un buen número de indicadores estadísticos ni siquiera parece necesario mencionar las fuentes que lo informan. Lo que se hace en el discurso público es discutir a partir de ellos (acerca de qué medidas debieran tomarse sobre sus cambios, acerca de quién es responsable de esos movimientos, acerca de si debiéramos estar felices o tristes por esos números). Lo que no se hace es discutir sobre el número. Otros números (la tasa de desempleo y durante mucho tiempo el IPC) mantienen claramente la distinción entre indicador y realidad: Aquí el debate público no es sólo sobre el movimiento de las cifras sino sobre la metodología en sí (sobre si se mide bien o no el desempleo o la inflación). Sin embargo, como también se discute acerca de lo que implican estos datos, es claro que siguen funcionando como indicadores –dicen cosas sobre la realidad. Pero no han alcanzado todavía el status de “no discutibles”.

Y otros tipos de indicadores son aquellos en donde las pretensiones de representar una realidad son menos aceptadas. El indicador puede ser aceptado y discutido, pero no se piensa que pueda reemplazar la realidad indicada. El Índice de Desarrollo Humano, por ejemplo, puede presentarse en una discusión pública y discutirse sobre si ha mejorado o no, o la posición del país, pero lo que no se piensa es que el desarrollo humano se agote en esos valores (del modo en que se acepta que la riqueza del país es el PGB).

Ahora, en términos de construcción de indicadores la pregunta de a que se deben estas diferencias no se puede responder por diferencias en su calidad. Todos estos índices, como cualquier revisión de la historia del pensamiento, de las pruebas y de los indicadores estadísticos muestra, se basan en una serie de juicios, de decisiones que intentan combinar y equilibrar diferentes criterios. En otras palabras, hay un elemento ‘subjetivo’ en todas ellas. Decir esto no quiere plantear que las decisiones tomadas a este respecto no fueran buenas decisiones, pero todo índice requiere un largo trabajo donde existe toda una serie de influencias. Y en ese sentido, pareciera no haber grandes diferencias entre un índice sobre el cual no existe duda alguna de su legitimidad y otro donde su calidad de índice, no de realidad, es el elemento más claro de su presentación pública: en ambos casos se requiere de un largo trabajo en el cual se ejercen diversas influencias.

La diferencia, entonces, habría que buscarla en sus usos, en la forma en que se insertan en el discurso del campo científico y en la discusión pública. O sea, acerca de cómo se presenta, como se discuten, como se usan para legitimar, defender, criticar ciertas posiciones, la facilidad para ese tipo de uso, la forma en que sus supuestos metodológicos y conceptuales quedan más ‘al aire’ o escondidos, la forma en que los técnicos discuten o no entre sí.

En última instancia, que posiciones ‘trunfen’ (o el modo en que los datos se presentan y se usan) dependerá en parte de las formas en que se dé la discusión pública: de quienes hablen, de qué argumentos se presenten, de cómo se relacionen entre sí. La validez técnica de los números es parte de esa discusión, pero no es toda la discusión. En última instancia, habría que recordar que estamos hablando de lo que sucede socialmente con las propuestas de indicadores, no estamos hablando de los problemas técnicos. El hecho que un indicador sea válido no es suficiente para que en la discusión pública ese sea el indicador que reciba legitimidad.

Sin embargo, con lo ya esbozado tenemos suficiente para seguir avanzando nuestro argumento. Tenemos un fenómeno –el desarrollo de la información cuantitativa como indicador (y en la discusión pública). Hemos visto que este fenómeno es parte importante de las sociedades modernas.

¿Qué nos trae este capítulo? Distintas versiones de cómo este conocimiento se introduce y se legitima. Por una parte, el argumento de Porter –la cuantificación es el resultado de las luchas por controlar a los expertos-. Un argumento que, ya hemos visto, resulta insuficiente: Porque olvida el lugar que ocupa la cuantificación en la discusión pública, pero es –finalmente- en la discusión pública que el argumento de Porter puede tener sentido. Es la opinión pública la que requiere ese control de los expertos y de sus juicios, y es por ello que Porter relaciona la cuantificación con democracia. Por lo que tenemos que ir al tema de la opinión pública. Con Habermas tenemos un examen de su funcionamiento, de que es lo que hay que buscar para proceder a legitimarse en las discusiones públicas, que nos da algo de luz de porque la información cuantitativa tiene sus ventajas en este aspecto.

Pero el argumento sigue siendo insuficiente, porque las temáticas de poder y dominación quedan fuera (Habermas sólo puede pensarlas en tanto contaminación). Con el concepto de campo de Bourdieu podemos superar algunas de esas limitaciones.

Pero el pensamiento de Habermas nos sirve para ilustrar otro tema. Dijimos que el fenómeno que queríamos explicar era la cuantificación por indicadores que ocurría en una discusión pública. Ahora, ¿Por qué ambas cosas ocurren al unísono? ¿Por qué ambas cosas son un solo fenómeno? Y creemos que con Habermas (y Porter) podemos empezar a entender porque ambos están unidos. Porque las ventajas de la cuantificación de indicadores –su presunta científicidad, su presunta ‘objetividad’, su carácter unificador que les permite tratar todo un tema con pocos números- son ventajas para la discusión pública, para la opinión pública mediatizada. Esos elementos aparecen como elementos ventajosos para esa discusión. En una discusión que, al menos en cómo se presenta, ha de orientarse por el ‘mejor argumento’ el argumento de los indicadores parece resultar especialmente fuerte. En otros contextos, y aquí podemos recuperar a Porter, otras formas (el juicio experto) puede resultar igual de legítimo, pero es al salir a la palestra de la discusión pública que la forma contemporánea de la información cuantitativa resulta especialmente poderosa. La discusión se orienta en torno al argumento que se presente como mejor objetivamente –que no dependa de saberes privados, exclusivos, que pueda ser visto y examinado por todos. El número cumple con ese requisito.

Y sin embargo, los argumentos anteriores todavía siguen siendo insuficientes. Porque todavía no podemos definir porque la cuantificación (los índices que compiten, por así decirlo, en la discusión pública) opera y funciona de diversos modos.

Quizás, para examinar esto en detalle, sea necesaria una pequeña digresión en torno a la existencia de otros saberes objetivos en la sociedad contemporánea.

Efectivamente, un tema importante a despejar antes de continuar es sobre la presunta ventaja de la objetividad del conocimiento estadístico, que en parte hemos usado en argumentos anteriores: El conocimiento estadístico despejaría y desplazaría a otros tipos de conocimientos porque estos no podrían, en última instancia, competir con un conocimiento que es objetivo, que se presenta como hablando de la realidad y no basándose en aspectos subjetivos (siempre ‘sesgados’ a final de cuentas). En la discusión pública (para usar el razonamiento habermasiano) o en el esfuerzo de controlar a los expertos (para usar el razonamiento porteriano) el saber estadístico triunfaría por su especial llamado a la objetividad.

Pero el problema no es que un argumento que se pretenda objetivo tenga ventajas sobre uno que se estima subjetivo. Para ser muy precisos: el argumento que se da como objetivo en el sentido de ser válido, entendible y legítimo para todos. El tema es que el conocimiento estadístico no es el único conocimiento que se valida como objetivo en las sociedades contemporáneas.

De hecho, tenemos conocimientos legitimados como objetivos, como buenas y adecuadas representaciones de la sociedad, que no requieren dar un solo número en la discusión pública. Es cosa de pensar en la psicología y su presencia, también muy amplia, en la prensa y en la discusión pública. He ahí un saber experto, un saber reconocido y legitimado, cuya opinión es seguida y ofrecida como verdad.

Y he ahí un saber que no requiere de un solo número en su presentación pública (como puede mostrar cualquier examen somero de columnas de ayuda psicológica en la prensa nacional). Lo anterior sin desconocer que en esa disciplina pueda recurrir también a la cuantificación y el conocimiento estadístico para la conformación de su cuerpo de ideas validadas empíricamente; el punto es precisamente que el caso del ejemplo que comentamos, esas cuantificaciones tienden a quedarse en el marco del paper académico y a no ser llevadas al ámbito de la discusión pública.

Luego, es posible en una discusión pública tener saberes objetivos, o dados como tales, que no mencionan números. En otras palabras, tenemos afirmaciones que damos por ‘saberes’ (por buenas y adecuadas representaciones del mundo) que no requieren números. Esto quiere indicar que es posible desarrollar y obtener las ventajas de la objetividad sin necesidad de basarse en un conocimiento numérico. Entonces, ¿cómo fue que en ciertos aspectos la objetividad se recubrió de un manto numérico y en otros ámbitos siguieron estando separados?

Una posible explicación, que nos puede dar mayores indicios acerca del papel que los números adquieren en las sociedades contemporáneas, es precisamente el tipo de ámbito donde ocurren. Porque el ejemplo que dimos de objetividad no numérica fue la psicología. Y precisamente la psicología, aunque se discuta en el ámbito público, no pertenece a él, pertenece a la esfera de las vidas personales (del mundo de la vida de Habermas). En ese sentido, aunque la psicología –el carácter experto de ese conocimiento- puede implicar cierta colonización del mundo de la vida por sistemas funcionales, para pensar en términos de Habermas, o un efecto de los procesos de auto-reflexión de los sujetos modernos, para

decirlo en términos de Giddens, el caso es que su objetividad no puede ser numérica. Para poder insertarse en el mundo personal de la vida cotidiana requiere decirse en los propios términos de esa vida cotidiana. Y eso implica no hablar en términos de números. En última instancia, los números siguen siendo algo abstracto, difícil de introducir en la vida cotidiana (un consejo sobre crianza de los niños se puede decir y entender en términos de lenguaje, pero en términos de un índice y una cantidad resultan más complejos de operar y usar). La vida cotidiana todavía opera en el nivel del discurso, y toda operación sobre ella requiere usar dicha forma.

Pero ninguna de las consideraciones anteriores son válidas para el ámbito donde los números y la estadística se han hecho valer: En el ámbito de lo social. Porque de la sociedad –en su conjunto- no tenemos experiencia directa, y por tanto resulta posible hablar de números. Es posible dar consejos basados en los números, porque es posible que nuestro entendimiento de la sociedad como tal sea basado en números. Digamos, decir ‘el Banco Central debiera subir la tasa de interés porque se pueden dar problemas de inflación’ implica toda una serie de números (tasas de interés, la inflación, la regla que subyace a esa recomendación), implica una realidad que se percibe a través de los números. Es posible tener una representación no numérica de la realidad social, como la han tenido innumerables sociedades a lo largo del tiempo, pero no resulta necesaria. Es posible vincularse, conocer, ciertos aspectos de la sociedad fundamentalmente a través de los números, debido a que nuestra relación con la sociedad es de carácter abstracto. No existiendo esa relación directa, experiencial, de mundo de la vida con la sociedad como tal, no existe un reducto de discurso que pueda oponerse plenamente a la información estadística.

En ese sentido, y si las anteriores consideraciones son válidas, podemos entender la especial fortaleza del llamado estadístico en las discusiones sociales. Es en ese tipo de discusiones donde la objetividad del número puede pensarse como superior a otras objetividad, debido a que no hay limitaciones para las operaciones posibles para la estadística.

Pero lo anterior nos deja, podría alguien pensar, en igualdad de condiciones al número y al habla, ¿por qué el número debiera de manera decisiva definirse como lo objetivo?

En esto uno podría seguir a Habermas, en una discusión pública donde se distingue entre técnica y política, y donde se radica la razón en la técnica y la política queda como ajena al mundo de la razón (como basada en decisiones éticas que no pueden dirimirse racionalmente), el número tiene una ventaja intrínseca: Toda habla, todo argumento puramente basado en el lenguaje, puede acusarse de estar en el ámbito de la mera política. Pero el número, que sólo mide una realidad, por definición queda en el ámbito de la técnica. Y bien puede plantearse entonces que si el libro de la sociedad está escrito en números, para poder hablar con él hay que hacerlo también con números<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Parecida imagen empleó Galileo al inicio de las ciencias modernas pero en relación al libro de la naturaleza: “Philosophy is written in this grand book, the universe, which stands continually open to our gaze, but our book cannot be understood unless one first learns to comprehend the language and read the letters in which it is composed. It is written in the language of mathematics and its characters are triangles, circles, and other geometric figures without which it is humanly impossible to understand a single word of it; without these, one wanders about in a dark labyrinth” (Citado en Crosby, 1997: 240) . Si bien es cierto que la preponderancia del número debe algo al prestigio de las ciencias matemáticas, creemos que la victoria del número se debe también al mismo tipo de argumentos y consideraciones que lo llevaron a la victoria en las ciencias naturales. Un número no hace otra cosa que representar una realidad, todo llamado a centrarse en la evidencia es compatible con el uso de números. Pero de toda habla puede dudarse que efectivamente responda a un centrarse en la evidencia, queda contaminada de ‘subjetividad’.

Y por tanto la información cuantitativa, estadística en el ámbito social no hace más que expandirse continuamente, expulsando a otro tipo de informaciones, de discursos y de sus pretensiones de objetividad. Contra la idea de la inocencia del número, de su carácter racional y de mera representación de la realidad, los discursos –por más argumentados y lógicos que puedan ser- se baten en retirada, aunque –como en todas las retiradas- no de igual modo ni grado en todas partes. Hay una duda permanente sobre ellos, de las que el número se encuentra, felizmente para él, ausente.

Entonces, esta pequeña digresión y ejemplo nos ayuda a ver con mayor precisión el tipo de procesos que fortalecen la cuantificación. La discusión pública favorece la objetividad, el argumento objetivo es el más poderoso, y en el campo de lo social la equivalencia entre objetividad y cuantificación opera de manera muy poderosa. Entonces, los procesos de búsqueda de objetividad (en vertiente habermasiano o porteriano, sea como sea, la idea es un conocimiento objetivo, entendible en su aplicación por todos) en el campo de lo social producen cuantificación. Y con ello, al parecer ya habríamos explicado lo que queríamos explicar.

Pero, de hecho nuestra tarea no ha terminado, ni mucho menos. Porque quedan todavía dos temas importantes. Primero, que con los argumentos que tenemos hasta ahora sólo podemos defender la importancia del conocimiento estadístico, numérico, objetivo; pero lo que necesitamos es defender la importancia del conocimiento estadístico en tanto conocimiento de indicadores. Segundo, que esta digresión todavía nos deja fuera la temática del poder. Ambos temas serán explorados en el siguiente capítulo, porque –esta es la tesis final de nuestro texto- ambos elementos están relacionados entre sí.

## **Capítulo V. El conocimiento estadístico y el poder. El caso de la tecnocracia.**

Podemos decir, resumiendo un poco lo que hemos mencionado con anterioridad, que la expansión del conocimiento estadístico dice relación con las formas de hablar de los asuntos públicos, y que en la esfera pública contemporánea el argumento estadístico parece contar con ventajas. En la lucha por la legitimidad simbólica los números aparecen como importantes.

Ahora, una lucha por la legitimidad es siempre una lucha entre ciertas posiciones. Cuales puedan ser éstas es algo que depende, a final de cuentas, de la disposición y estructura específica del campo en esa sociedad. No es algo que pueda deducirse de un esquema teórico. En ese sentido, hay que decir que Bourdieu es bastante claro, y es cosa de recordar que todas sus discusiones sobre luchas en campos simbólicas son siempre artículos empíricos (o más precisamente, son textos sobre campos particulares).

Por lo tanto, lo que queda por dilucidar –el carácter de los grupos- es algo que en términos teóricos queda abierto. Pero de todas formas es interesante mencionar que, al menos para Chile, nos parece que un examen de la evidencia muestra una realidad distinta a la mencionada por Porter. Porque aquí no parece ser el control externo sobre los expertos uno de los motivantes del movimiento. Al contrario, parecería que serían los mismos expertos (o más específicamente, un grupo particular de ellos), los que se dedicarían a ‘tecnificar’ la discusión pública; a llenar de indicadores y números una esfera pública que tenía otras

alternativas en su discusión. Otras formas de ser objetivo para decirlo de algún modo. Pero quizás no estamos reconociendo una posibilidad más ‘porteriana’: Que si sea una forma de ‘control externo’, que los expertos que estamos mencionando lo que realizaron fue controlar, des-legitimar otros saberes expertos previos, quitarles valor y reemplazarlos por una secuencia de indicadores. Indicadores que, por una parte, siendo creados por este grupo de expertos, mantenían su juicio y que, por otra parte, al aplicarse en otros aspectos les permitían no ser ‘amenazados’ por otros expertos: por otras aplicaciones de juicios. Para el resto, lo que quedaba era la aplicación –más o menos rigurosa- de elementos creados por otros y que habían sido diseñados para eliminar una competencia simbólica.

En otras palabras, al menos en el caso Chileno, pero parece razonable suponerlo también para otras cosas, la llegada del número, del indicador ha ido de la mano de la llegada del técnico, del técnico con poder y validado en su conocimiento. En otras palabras, estaríamos hablando de la tecnocracia.

Desde el punto de vista Habermasiano, la llegada de la tecnocracia casi por definición implica una mayor degradación de la esfera pública: ‘Por el contrario, es esa pretensión de racionalización integral la que presenta el modelo tecnocrático de la política cientifizada. Eso sí, la reducción del dominio político a la administración racional sólo puede pensarse aquí en general al precio de la democracia. Una esfera de la opinión pública con funciones políticas, en la medida en que los políticos están estrictamente sometidos a la coacción de la lógica de las cosas, podría a lo sumo legitimar al personal administrador y juzgar sobre la cualificación de los funcionarios, pero si las cualificaciones son comparables, en principio sería indiferente cuál de los grupos concurrentes de líderes llega al poder.

Es decir, que la administración tecnocrática de la sociedad industrial convierte en superflua a la formación democrática de la voluntad colectiva' (Habermas 1984: 140). En otras palabras, con este tipo de conocimiento técnico, todas las preguntas 'prácticas', que requieren hablar de legitimidad, de valores, de voluntad política son reducidas a un problema de adecuación técnica (Habermas 1984: 84-85) En el lenguaje de un Habermas muy posterior –el de la Teoría de la Acción Comunicativa- la tecnocracia es una colonización del mundo de la vida por los sistemas. 'In this context, governance become less a matter of determining the appropriate direction for society than one of adjusting its institutions and policies to the flows of economic and technological development' (Fischer, 1990: 16)

En ese sentido, hay que recordar que los grupos tecnocratas son grupos que esencialmente son anti-políticos (más que a-políticos). La discusión política, y en ese sentido la esfera pública, son claramente contrarios a sus intereses y deseos: 'The historical coherence that defines technocratic thought is a deep-seated animosity toward politics- particularly democratic politics- coupled with an unswerving commitment to scientific decision making. As Stone puts it, the common mission of this rationality project is to rescue public policy from the irrationalities and indignities of politics, hoping to conduct it instead with rational, analytical, and scientific methods' (Fischer, 1990: 21) O al decir de Habermas, la tecnocracia 'quiere poner bajo control a la sociedad de la misma forma que a la naturaleza, es decir, reconstruyéndola según el modelo de los sistemas autorregulados de la acción racional con respecto a fines y del comportamiento adaptativo' (Habermas 1984: 104). La tecnocracia es una expulsión de la política.

Bajo otra formulación, algo más retórica: ‘La restricción y amputación de la multidireccional razón y su cristalización en un proyecto unívoco, inmunizado mediante un tabú de la crítica, basado en una aséptica racionalidad técnica, supone la negación del carácter histórico de la razón, que no sólo es una premisa sociológicamente inadmisibles (¿se puede sociológicamente negar la historicidad de lo social?), sino además un potencial de destrucción de la esfera de la politicidad’ (Mayol, 2003: 98). Independiente de la valoración del fenómeno, hay una oposición entre lo político y lo técnico que subyace en estos argumentos, y que resulta relativamente plausible en la discusión pública: Los técnicos suelen defenderse como superiores a la contingencia política, los políticos suelen criticar a los técnicos en su incomprensión de la subjetividad de la población. Lo que ambos tienen claro, es que no son el mismo grupo y que usualmente se encuentran en trincheras opuestas.

En ese sentido, la tecnocracia eliminaría la esfera pública. La irrupción del número destruiría la esfera pública y lo que quedaría sería una comunicación de números que lo que haría sería impedir la formación de una esfera pública de raciocinio. Pero las discusiones anteriores olvidan que los técnicos vienen en muchas formas y que, a pesar de ellos quizás, discuten entre sí. Dado que la tecnocracia no es algo monolítico –dado que no existe tal cosa como la opinión de los tecnócratas, al contener en ellos muchas y muy diversas– entonces la irrupción de la tecnocracia no implica la desaparición de la esfera pública o de la política. Pero claramente cambia su forma.

Pero los efectos de la tecnocracia, creemos entonces, van más allá de lo anterior y quizás son incluso más profundos, el cierre en el discurso que producen tiene además consecuencias sobre la estructura de la esfera pública. Porque el discutir sobre datos e indicadores, o sea el mantener el número como algo que es parte de la esfera pública, es algo que solo los grupos de expertos pueden hacer. Al resto de la población se le presentan algunos datos –profusamente mencionados en la prensa- que puede aceptar, o quizás rechazar, pero lo que no puede hacer es discutir con ellos. La discusión estadística es para los expertos. Entonces la llegada del dato numérico produce una división en la esfera pública: Por un lado, los expertos que pueden mantener una discusión, la idea del raciocinio, sobre estos números. Por otro lado, la masa de la población que no puede discutir sobre los números, y que por ende queda aislada de la discusión y esfera pública, y al decir habermasiano, queda reducida a opinión pública.

La esfera pública de discusión en la era de los números es una era donde se vuelve a tener una esfera pública restringida, eliminando así la expansión del ámbito público que era uno de los procesos de la modernidad. Quizás para el grupo de expertos, recordando las críticas de Habermas a la esfera pública contemporánea, es posible volver a tener un ámbito de raciocinio y discusión pública. Pero lo que se ha hecho, en ese momento, es excluir al resto de la población.

En ese sentido, la estrategia de monopolio, de exclusividad –que de acuerdo a Bourdieu fundamentan las estrategias internas a los campos- implica, al mismo tiempo, una reformulación general de quien puede hablar en la discusión pública: la victoria en el campo científico de la estadística, implicó que además en la esfera pública solo quedarán

hablando quienes pueden hablar en lenguaje estadístico. Y es por ello que nuestra siguiente tarea ha de ser examinar la discusión sobre los grupos tecnócratas. Y repetimos la palabra grupos, porque es la existencia de discusiones entre tecnócratas la que nos interesa.

Para el caso chileno existe un artículo relativamente clásico de Patricio Silva sobre la irrupción y el poder de los tecnócratas en el Chile reciente, que en particular reconoce la existencia de diversos grupos en su interior: El ‘Technocrats and Politics in Chile: from the Chicago Boys to the CIEPLAN monks’ (Silva, 1991)<sup>20</sup>. En ese sentido, la relación entre tecnocracia y política –no solamente el reemplazo de una por la otra- es el eje del artículo: ‘Paradoxically, the opposition to authoritarian rule also adopted an increasingly technocratic character. Several private research institutes were established, from which experts in different fields of the social sciences and economics undertook critical studies of government policies and formulated alternative programmes to be implemented after the restoration of democracy’ (Silva, 1991: 386). Por cierto, que esto es producto no del grupo de tecnócratas conocido como Chicago Boys, quienes declararon la anti-política de los tecnócratas desde el inicio: ‘From that moment on, government decisions were to be inspired by technical and scientific principles and not by political and ideological postulates of the past’ (Silva, 1991: 393). Los Chicago Boys representaban el gobierno de la ciencia, basados en una idea clara que la única economía posible era la representada por sus enseñanzas en la Universidad de Chicago bajo Friedman. Sin dudas en la corrección de sus ideas, no quedaba mayor posición para la idea de crítica, que no tenían más que ser producto de la ignorancia o de la defensa de intereses particulares (Silva 1991: 394).

---

<sup>20</sup> El mismo Silva, en otros de sus artículos, ha analizado lo antiguo del movimiento tecnocrático en Chile (Silva, 1998)

En ese sentido, más interesante parece ser la formación de una oposición tecnocratizada. Es ella la que permite la existencia de una esfera pública bajo el signo de la técnica: la existencia de un debate que puede darse en términos técnicos: ‘Paradoxically, the first open (tolerated) activities opposing the military government and the neoliberal tecnocracia came from this group of technocrats, experts in financial and macro-economic matters. This team of highly qualified academics accepted the neoliberal challenge (‘the theme of economic policy can be only be treated by specialists’), and began to elaborate very sophisticated technical studies, in which they expressed their criticism of the economic policy of the military government. The scholarly tone utilized by many opposition research institutes in their criticism of neoliberalism made possible the dissemination of their ideas (although in a limited way) through the publication of working papers and the organization of academic symposia on specific matters’ (Silva 1991: 403).

Quizás la palabra paradójico este de más en esa descripción. Porque, por una parte, para una tecnocracia puede que la ausencia de discusión sea lo más conveniente, pero a falta de ello, una discusión técnica es lo más adecuado. Y, además, porque –finalmente- los grupos también pueden quedar prisioneros de sus propias ideas legitimadoras. Y si uno tiene una pretensión al habla pública basada en el dominio del conocimiento técnico, eso implica que –para recordar a Bourdieu- solo se puede responder a un matemático en términos matemáticos. Al aparecer una discusión técnica, un tecnócrata tiene que responder –so pena de perder su carácter-, en términos técnicos. Por ambas razones, el hecho que la discusión crítica del gobierno militar fuera primero técnica parece ser bastante entendible.

Quizás lo que muestre con mayor claridad la relación entre política y tecnocracia en Chile, es decir, el hecho que la aparición del número haya implicado un carácter específico del espacio público y de la discusión pública más que solamente su desaparición, es el siguiente comentario de Silva sobre los primeros gobiernos en la restauración de la democracia<sup>21</sup>: ‘The political forces united by the opposition formulated common goals through the establishment of equipos técnicos, constituted by technocrats from different political parties, who were experts in specific fields such as education, health, economics etc’ (Silva 1991: 409). En vez de la separación prevista entre tecnocracia y política tenemos una unión profunda: con todos los partidos políticos contando con sus grupos técnicos. La cuantificación y la tecnificación del discurso político implicó la tecnificación de los políticos, no la desaparición de ese mundo del campo. Aunque el fenómeno no es exclusivo a Chile, no ocurre en todas partes: ‘En el caso de la Argentina, por ejemplo, de los 13 ministros de Economía que hubo entre 1976 y 1996, solamente tres fueron economistas ‘partidarios’, dos de los cuales estuvieron en funciones escaso tiempo, en el medio de turbulentos períodos de transición entre dos administraciones políticas’ (Camou: 1997). Una situación radicalmente distinta al caso Chileno, donde la tecnificación nunca se separó del campo político.

Por lo tanto, la tecnificación de la discusión pública no ha dejado de producir una esfera pública de discusión. O quizás sea mejor decirlo al contrario, es precisamente esa unión de tecnocracia y política la que ha permitido la tecnificación de la discusión pública.

---

<sup>21</sup> De más está decir que la descripción del carácter tecnocrático del gobierno de Patricio Aylwin (1990-1994), el primero tras el régimen militar, podría darse con respecto a cualquiera de los gobiernos subsiguientes.

Sin esa unión, la esfera pública de discusión no podría estar tan llena de números como lo es en la actualidad.

En apoyo de este punto resulta útil recordar la conclusión que respecto del modo de entramamiento de la elite entregó el Informe 2004 sobre Desarrollo Humano en Chile (PNUD, 2004). En ese estudio, un examen de tipo sociográfico de la elite chilena mostró el importante rol jugado por los centros de investigación o “think tanks” como puentes conectores entre los diversos miembros de la elite. Esa capacidad de convocar, reunir y sobre todo de incidir con contenidos en el modo de abordar muchos debates públicos expresa el especial tipo de poder que desde el ámbito de lo simbólico alcanzan estas instituciones y explican en buena medida el ensamblaje entre tecnocracia y política observable hoy en buena parte de la elite chilena. En palabras de dicho Informe: “Pareciera ser que estos espacios de reflexión técnico-política, junto con aportar información y diagnóstico acerca de los problemas y desafíos de la sociedad, sirven de lugar de encuentro e interconexión para las diversas instancias de la elite chilena. Complementan esta función los asesores legales y económicos de alto nivel, quienes al parecer aportan no sólo su conocimiento experto sobre materias de alta relevancia, sino también su oficio para construir puentes, traducir lenguajes, compatibilizar puntos de vista y armonizar intereses. Así, los centros de investigación y los asesores económicos y legales de alto nivel parecen ser las principales hebras con la que se teje la integración horizontal de la elite chilena” (PNUD, 2004: 200)

En cualquier caso, nuestro examen de la literatura arroja un resultado más bien paradójico: Mientras que los argumentos teóricos se basan en la idea que la tecnocracia expulsa a la política, el caso chileno muestra su íntima relación. Y mientras que las ideas teóricas se basan en la idea de una tecnocracia unívoca, lo que muestra el caso chileno es la existencia de un debate tecnocrático. No es que, como plantea Habermas, con la tecnocracia la política se reduzca a la elección de grupos que siguen las mismas opciones, sino que lo que tenemos son opciones diferentes que argumentan tecnocráticamente<sup>22</sup>.

Y con ello podemos proceder a cerrar nuestra indagación. Finalizamos el capítulo diciendo que el carácter de cuantificación numérica y los temas de poder, que eran los que nos faltaban, estaban relacionados. Que es lo que el siguiente argumento –nuestro argumento final- va a intentar mostrar:

- 1) En una discusión pública, el argumento presuntamente más objetivo tiene ventajas importantes.
- 2) El número aparece como un argumento particularmente objetivo
- 3) Luego, todo grupo con interés en legitimar sus posiciones en la discusión pública tendera a usar números (Por cierto, no siendo la única tendencia que explica qué argumentos se usan en la discusión pública, esto no implica que todos los grupos lo usen de mismo modo y con el mismo entusiasmo. El argumento implica una fuerza en esa dirección, no que la fuerza sea unívoca)

---

<sup>22</sup> Uno pudiera plantear que la política tecnocrática tiene un rango de posibilidades mucho menores. Pero, siguen sin ser únicas. Y de hecho, cuando incluso los grupos alternativos –los que si tienen un rango de opciones amplio- también hablan técnicamente (pensemos en la Fundación Terram o en CENDA en relación al debate reciente sobre la reforma al sistema previsional), vemos que tecnificación y reducción de opciones

- 4) En particular, números cuya elaboración no sea controlable por esa discusión pública. O sea números que permiten ganar poder y ejercer legitimación en ella pero sin ser discutibles en la opinión pública (que sólo podría discutir con sus resultados). Recordemos como en Porter –que enfatiza tanto el control sobre los expertos que produce la cuantificación- el proceso de construcción del indicador queda fuera.
- 5) Los números como indicadores cumplen perfectamente con las condiciones anteriores (aunque, por cierto, los números y los indicadores tienen también otros usos.
- 6) Luego, los grupos de elite con especial intereses en incidir en el moldeamiento del debate público tenderán a orientarse hacia el número como herramienta privilegiada para alcanzar impacto.
- 7) Que nos muestra la relación entre poder e índices. Por cierto, también nos muestra que este proceso también afecta a los grupos de poder, que se ven obligados a tecnificarse (o a contar con un ‘ala técnica’)
- 8) Lo que nos muestra la discusión de este capítulo, es que la existencia de una tecnocracia –el ‘ala técnica’ de los grupos de poder, los que ejercen poder en la elaboración de indicadores- no implica *per se* la desaparición de la política. En tanto existen diversos grupos, la discusión política (y la discusión en la opinión pública) subsiste. Lo que sucede es otro tipo de discusión (una en que la discusión técnica se esconde y escinde de la discusión pública y la discusión pública opera

---

no van necesariamente de la mano. La reducción de las opciones tiene que ver, uno pensaría, con procesos más bien políticos.

con los resultados anteriores, en que la discusión técnica y la pública se escinden).

Pero no la desaparición de la esfera.

En resumen, podemos ver que aquí concluye nuestro camino de investigación. Partimos con una constatación –la fuerte presencia de lo cuantitativo- Y quisimos ver a que se debía y que afectaba. Vimos que nuestra tesis se inserta de modo particular dentro de la tradición de la sociología del conocimiento (capítulo I). Logramos especificar el fenómeno a analizar: la información cuantitativa como indicadores y en la esfera pública (capítulo II). Luego vimos, con un argumento histórico, que ese fenómeno era crucial para entender la modernidad, y en ello podemos basar la relevancia del estudio (capítulo III). A continuación, desarrollamos un argumento sobre los procesos que fortalecían la legitimidad de esa información: la búsqueda de objetividad en las discusiones (o en el control de las elites), pero vimos que quedábamos con elementos en el aire (capítulo IV). Y finalmente, al introducirnos con el tema del poder y la dominación, pudimos ver la relación de lo anterior con la tecnocracia y porqué el conocimiento numérico pasa a ser conocimiento de indicadores (capítulo V). Con lo que, en principio, es posible dar por respondidas a todas las preguntas que estaban a la base de este estudio.

Y, sin embargo, todavía quedan dentro de este campo muchos otros elementos sin responder y abiertos para futuras investigaciones. Y no sólo nos referimos al tema que resulta necesario realizar una investigación empírica para resolver estos temas, sino a temas que teóricamente también han quedado fuera como, por ejemplo, ¿cuáles son los procesos que llevan a ciertos indicadores a adquirir mayor validez y legitimidad que otros?

## Capítulo VI A manera de conclusión.

Entonces, lo que tenemos es una tendencia hacia una mayor presencia del saber estadístico. Una tendencia que, al menos en lo que se refiere a Chile, parece entenderse mejor en terminos de Bourdieu: en términos de una lucha simbólica por la objetividad. Una lucha en la que, por decirlo de algún modo, los números se asocian a ciertos actores y ciertos dichos en contra de otros actores y otros dichos. Cuando el saber estadístico sobre la sociedad hace su aparición, entonces las ideas y saberes que no se presentan de manera estadística, tienden a deslegitimarse. Que la ventaja del número en la estructuración de los debates fue la forma en que se asoció al tema de la objetividad, y en que al aparecer en una discusión, entre un discurso estructurado con números y otro no estructurado con números, el primero era el que parecía objetivo –el que no dependía de la ‘opinión’, siempre voluble; sino que representaba una realidad. Y en un debate público, si se sigue a Habermas, cualquier elemento que sea visto como objetivo tiene una ventaja intrínseca (*built-in*). Aunque todo saber tiende a presentarse como objetivo en un debate (o al menos tiende a presentarse como algo en que una persona razonable debiera poder creer), la ventaja del saber estadístico es que une fácilmente las muestras externas de objetividad: Es clara (en vez de discusiones puramente ‘verbales’ afectas a trucos retóricos), universal (sólo requiere comprender el lenguaje para que pueda ser entendido) y proviene de expertos ‘desinteresados’ (para recordar la presentación de Bourdieu sobre las ciencias).

Un saber experto que no requiere la aplicación de un juicio subjetivo, algo que resulta de la acumulación de una gran cantidad de conocimiento: Así se presenta el saber estadístico, y debido a ello puede ‘despejar’ el campo de la discusión de otros contendores y posiciones de saber objetivo.

Pero el saber estadístico y técnico no es un saber único. El grupo tecnocrático son “los” grupos tecnocráticos y en ellos se repiten las diferencias de la esfera pública. En ese sentido, la tecnocracia cambia el campo de la discusión pública –eliminando ciertos saberes, haciendo muy difícil participar en ella sin hablar en estadístico- pero no la elimina. O para decirlo de otra forma, no es que el campo de la esfera pública se establezca como un *establishment* estadístico y ciertos retadores de otros saberes; es que tanto el *establishment* como los retadores hablan en estadístico, y defienden sus posiciones en ese lenguaje. La cuantificación no es tanto una posición en el debate público como un lenguaje en él.

Un lenguaje que tiene sus consecuencias claras. Porque es un lenguaje que sólo pocos pueden hablar. Discutir en estadístico es algo que solo ciertos grupos pueden hacer, y es de este modo que se adueñan y monopolizan la plaza pública. La masa queda excluida de la esfera pública, reducida a leer –a aceptar y quizás rechazar- cifras que puede entender, pero que no puede trabajar y discutir. El proceso de raciocinio público, cuando se da en forma estadística, no queda eliminado, no queda reducido en posiciones, pero queda reducido en hablantes. A dos siglos de la formación de la esfera pública burguesa, el saber estadístico tiene como consecuencia, ya sea buscada o no, el reforzamiento de las condiciones para la reconstrucción de una esfera pública limitada.

Ahora, como ya lo hemos mencionado, lo que estamos diciendo es sobre la presentación del saber estadístico y como en un debate esa presentación es particularmente poderosa. Si el saber estadístico en la realidad tiene esas características no representa un tema que afecte el argumento anterior. Lo importante no es si el saber estadístico representa mejor la realidad (ese es un tema de discusión al interior de las disciplinas en cuestión), sino sobre como se presenta y cuales son los elementos que le permiten a un argumento ganar (que es un tema externo, sobre las disciplinas).

La aparición del número en la sociedad cambia además a la sociedad. Sobre todo porque ahora incluso sus aspiraciones, sus metas o su imagen de la sociedad ideal puede ser representada en forma de metas numéricas (como lo son por ejemplo, las metas del milenio promovidas por Naciones Unidas). Toda sociedad dice y piensa cosas sobre ella misma, pero lo que tenemos en la actualidad es una sociedad que tiende a hacer esa operación en términos numéricos. Ahora, ¿cuál es la diferencia entre decir ‘esta es una sociedad próspera’ (o pobre) y decir ‘nuestro PGB per capita es de X? Entre otras cosas, y aquí nos dedicaremos a mostrar lo más obvio, permite una mayor ‘granularidad’ de la representación, permite una comparación mucho más detallada entre sociedades. Si uno habla simplemente de prosperidad y riqueza, la clase de entidades equivalentes es relativamente grande. Si uno habla de PGB per capita, entonces esa clase se quiebra, y se puede decir ‘tal país es más rico que el país Y en X cantidad’. Lo que permite entonces es pasar de la clasificación al ranking. También nos permite simplificar situaciones complejas, de tener una forma de operar y manejar algo que suponemos complejo: como, digamos, la ‘prosperidad’ que puede ser múltiples cosas, empieza a ser más manejable –y ‘accionable’ para usar tal vocablo políticamente incorrecto- cuando se la piensa como un número.

Lo que permite, entonces, el pensar a la sociedad en términos de números es una ampliación de las instancias de comparación, y una especificación de las diferencias. De alguna manera la comparación permite evaluar una competencia permanente entre las entidades (ya sea entre diversas entidades, o la misma entidad en diversas posiciones). Permite compararse con otros, con una situación ideal<sup>23</sup>. La conclusión relativa a que el hecho de crear una clase de equivalentes (que pueden medirse en el mismo tipo de cosas, ‘iguales’ en ese sentido) es lo que permite establecer competencias, es una de las intuiciones más poderosas de Harrison White en su análisis social de la estructura de la competencia. En ese sentido, podemos ver como el carácter numérico de la representación de la sociedad es coherente con algunas estructuras relativamente básicas de esa misma sociedad. La representación repite, en ese sentido, las exigencias de la estructura.

Quizás en este punto, pueda ser adecuado volver a nuestras hipótesis formales:

<b>Hipótesis</b>	<b>Resultado</b>
Lo que distingue a las sociedades contemporáneas de otras sociedades no es el uso, ni siquiera el uso sistemático, de información cuantitativa; sino el uso particular de la información cuantitativa –un uso más abstracto de los números (por decirlo de otra forma, todas las sociedades cuentan; la modernidad construye indicadores).	El examen de los textos transformó esta hipótesis en el fenómeno que queríamos explicar. En ese sentido, fue expandido de ser una hipótesis independiente al eje que reúne el resto de las idas y argumentos del texto.

<sup>23</sup> Un modelo que aparece en varios indicadores en su propia construcción. El IDH es un indicador en comparación con una situación que se presenta como ideal.

<p>La información cuantitativa moderna se diferencia por una característica de la sociedad: la asignación de una legitimidad mayor al tipo de conocimiento cuantitativo frente a otras formas de conocimiento.</p>	<p>Reemplazamos esto por la idea que la distinción es el uso público de esa información. La legitimidad es lo que se juega en esa esfera. Y la mayor legitimidad de lo cuantitativo dependerá de que se acepte como buen argumento en esa esfera.</p>
<p>En una discusión pública, el conocimiento cuantitativo desplazará a otras formas de conocimiento si estos se encuentran en conflicto.</p>	<p>En general, el argumento teórico es que así sucede, pero no en todos los ámbitos. Por ejemplo, y es sólo un ejemplo no el único caso, la vida íntima y cotidiana sigue quedando fuera de lo anterior, porque allí es posible en ciertas circunstancias, ser 'objetivo' sin números.</p>
<p>Las características de la esfera pública de discusión moderna ayudan al desarrollo de la cuantificación –la búsqueda del argumento 'objetivo' da a lo cuantitativo una ventaja inscrita en el sistema</p>	<p>Esto se transformó en uno de los ejes argumentales centrales: La búsqueda de lo objetivo, en ciertas circunstancias, produce números (pero todavía queda fuera porque produce indicadores).</p>
<p>La sola necesidad de información cuantitativa por parte de agencias estatales no es suficiente para explicar el surgimiento de lo cuantitativo</p>	<p>Si bien las organizaciones requieren números, no requieren indicadores. Y son los indicadores lo que se constituyó en el fenómeno a explicar</p>
<p>El desarrollo de grupos tecnocráticos está íntimamente ligado al desarrollo de una visión cuantitativa de la sociedad.</p>	<p>Mas aún, expandimos esta idea en que la tecnocracia está basada en el desarrollo de indicadores –que permite cerrar el argumento central.</p>
<p>Una de las características de la sociedad chilena es la existencia de una lucha entre diversos grupos tecnocráticos, por lo que no se da una oposición tecnocracia/política sino una imbricación.</p>	<p>El examen de los textos muestra que esto es efectivamente lo que sucede en Chile.</p>

El examen de las hipótesis muestra que, en general, ellas se vieron vindicadas, aunque no pasaron la investigación teórica sin cambios. Reformulado, el argumento central de esta tesis se funda en la relación entre estas ideas: Que el carácter específico de la información cuantitativa moderna –indicadores en discusión pública- está muy asociado a una búsqueda de objetividad y al desarrollo de la esfera pública. La esfera pública burguesa requiere la aparición de argumentos objetivos, y el número cumple ese requerimiento. Es por ello que cuantificación y discusión pública van de la mano. Y es también por eso que sólo en las esferas en que no resulta posible identificar lo objetivo con el número, es que no ocurre esta cuantificación. La necesidad que sean indicadores los que produzcan este conocimiento, y con ello se cierra el argumento, tiene que ver con los intereses y requerimientos de las elites: el indicador se presenta como objetivo pero se produce en una discusión cerrada fuera del control y visión pública; y es por ello que los grupos tecnocráticos se centran en producir esos números. Con lo que podemos entender, entonces, porqué en las sociedades contemporáneas el número toma las características específicas que toma.

Y entonces volviendo a lo inicial lo que tenemos es una sociedad donde el número se vuelve muy crucial. Nuestra respuesta, finalmente, tanto del por qué como sobre sus efectos, tiene que ver con el hecho de una lucha simbólica por la objetividad. Una lucha donde el número ha tenido sus ventajas específicas, pero lo importante es que no corresponde a la única objetividad posible. Ha vencido, pero el hecho de su victoria corresponde a una victoria de una alianza de un grupo específico y de sus intereses. Y para volver al tema de la sociología del conocimiento, todo esto se puede decir sin discutir el tema de su validez. El tema es otro: es un tema de la efectividad de una retórica para

instalarse socialmente como la retórica adecuada para tales temas y su capacidad para eliminar retóricas y hablantes alternativos.

¿Cómo continuar este análisis a partir de esta base teórica?

Algo ya se ha insinuado a lo largo del texto en relación a los posibles modos de continuar estas reflexiones. En primer lugar, se mantienen abiertas importantes —interrogantes relacionadas con las condiciones de legitimación de una cuantificación por sobre otra. En segundo lugar, se impone la necesidad de avanzar hacia una fundamentación empírica de la invocada omnipresencia de las cuantificaciones en el debate público. Una descripción detallada de este ámbito permitiría efectivamente describirlo en términos de un “campo” de lucha simbólica, identificando actores hablantes y las áreas temáticas asociadas a ellos. Del mismo modo sería posible dar cuenta de la existencia de consensos y debates en torno a ciertas cuantificaciones y reconocer en sus contenidos las estructuras argumentales utilizadas por quienes participan en ellos.

En tercer lugar, sería muy interesante estudiar al nivel de la opinión pública cuál es el impacto de este debate en la construcción de sus imaginarios sociales, en sus conversaciones cotidianas y en la definición de sus propios cursos de acción. La pregunta podría ser: ¿Sirven efectivamente y de qué modo lo hacen, estas herramientas para consolidar en la opinión pública una mejor evaluación o incluso una mayor adhesión a los valores o ideas que impulsan los diferentes actores que usan la cuantificación como recurso?

Finalmente, parece ser interesante cuestionarse acerca de cuáles serían las condiciones que harían posible superar el mero uso de las herramientas de la cuantificación por elites cercanas al poder político, económico –o exclusivamente académico, haciéndose también éstas un recurso disponible y valorado por la sociedad civil, es decir por los menos poderosos y cuál sería el impacto de aquello.

## Referencias Bibliográficas.

- Adam, Barbara. 1990. *Time and Social Theory*. Polity
- Bloor, David, 1998 [1991 original] *Conocimiento e imaginario social*. Gedisa.
- Boladeras Cucurella, Margarita. 2001 'La opinión pública en Habermas' *Anàlisi* 26: 51-70
- Bottero, Jean. 1992. *Mesopotamia: Writing, reasoning and the gods*. Chicago University Press.
- Boudon, Raymond. 1998. 'Social mechanisms without black boxes' pp 172-203 en *Social Mechanisms* (Peter Hédstrom y Richard Swedberg, editores) Cambridge University Press
- Bourdieu, Pierre. 1999. *Intelectuales, política y poder*. Eudeba
- 2000 [1997 original] *Los usos sociales de la ciencia*. Nueva Visión.
- Burke, Peter. 2002 [2000 original]. *Historia Social del Conocimiento*. Paidós.
- Camou, Antonio. 1997. 'Los consejeros del Príncipe' *Nueva Sociedad*, 152: 54-67
- Collins, H. M. 1985. *Changing order*. London: Sage
- Crawford, Michael. 1992. *The Roman Republic*. Harvard University Press.
- Crosby, Alfred. 1997. *The Measure of Reality*. Cambridge University Press.
- Desrosieres, Alain. 1998 [1993 original] *The Politics of Large Numbers*. Harvard University Press.
- Duncan-Jones, Richard. 1990. *Structure & Scale in the Roman Economy*. Cambridge University Press.

- Finley, Moses. 1999. *The Ancient Economy*. University of California Press (edición original en 1973)
- Fischer, Frank. 1990. *Technocracy and the Politics of Expertise*. Sage.
- Gerber, Monica. 2004. *La cuantificación de lo social*. Seminario de Grado: Universidad de Chile, Departamento de Sociología
- Goldthorpe, John. 1985. *On Sociology*. Oxford University Press.
- Goody, Jack. 1987. *The Logic of Writing and the Organization of Society*. Cambridge University Press.
- Gouldner, Alvin. 1980. *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*. Alianza.
- Guth, Alan. 1998. *The Inflationary Universe*. Perseus.
- Habermas, Jurgen. 1984 [1968 original] *Ciencia y técnica como ideología*. Tecnos.  
1994 [1962 original] *Historia y crítica de la Opinión Pública*. G. Gili
- Latour, Bruno. 1987. *Science in Action*. Harvard University Press.  
1999. *Pandora's Hope*. Harvard University Press.
- Lazcano, Emmanuel. 1993. *Imaginario colectivo y creación matemática*. Gedisa.
- Mannheim, Kart. 1941. *Ideología y Utopía*. Fondo de Cultura Económica (original de 1929)
- Márquez, Rodrigo. 2002. "Desarrollo Humano en Chile: Enfoques, experiencias y aprendizajes. Mimeo. Documento de divulgación docente.  
----- 2003. "De las cifras a los mensajes y de estos a la acción: El uso de las estadísticas en los INDH de Chile. En Revista Latinoamericana de desarrollo Humano.  
[www.revistadesarrollohumano.org](http://www.revistadesarrollohumano.org)

- “El diseño de índices sintéticos a partir de datos secundarios: metodologías y estrategias para el análisis social”, en Manuel Canales (ed), *Metodologías de Investigación social. Introducción a los oficios*. Santiago de Chile, LOM. En prensa.
- Mayol, Alberto. 2003. ‘La tecnocracia: el falso profeta de la modernidad’ *Revista de Sociología* 17: 95-123
- Melton, James van Horn. 2001. *The Rise of the Public in Enlightenment Europe*. Cambridge University Press.
- Merton, Robert K. 1973. *The sociology of science*. Chicago: University of Chicago Press
- Nissen, Hans J., Dameron, Peter y Robert Englund. 1993. *Ancient Bookkeeping*. Chicago University of Chicago Press.
- Parker, Geoffrey. 2002. *Empire, War and Faith in Early Modern Europe*. Allen Lane.
- Patriarca, Silvana. 1996 *Numbers and Nationhood*. Cambridge University Press.
- PNUD 2002. “Desarrollo Humano en Chile 2002: Nosotros los Chilenos, un desafío cultural”
- PNUD, 2004. “Desarrollo Humano en Chile 2004: ¿El Poder para qué y para quién?”
- Pomeranz, Kenneth. 2000. *The Great Divergence*. Princeton University Press.
- Popper, Karl. 1957. *The Poverty of Historicism*. Routledge.
- Porter, Theodore. 1995. *Trust in Numbers*. Princeton University Press.
- Silva, Patricio. 1991. ‘Technocrats and Politics in Chile: from the Chicago Boys to the CIEPLAN Monks’ *Journal of Latin American Studies*, 23, 2: 385-410
- 1998. ‘Pablo Ramírez: A Political Technocrat Avant-la-Lettre’ pp 52-76 en *The Politics of Expertise in Latin America* (Miguel Centeno y Patricio Silva editors)

Sokal, Alan y Brickmont, Jean. 1998. *Fashionable Nonsense*. Picador (Hay traducción castellana: *Imposturas Intelectuales*)

Thompson, John. 1995. *Media and Modernity*. Polity Press.

Thomas, Ray. 2004. "Society and Statistics" Paper presented at RSS2004 - International Conference of the Royal Statistical Society, Manchester University, Government of Statistics Session - September 2004